



CENTRO
ANDALUZ
DE LAS
LETRAS

COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL



LO QUE ME IMPORTA

Y OTROS TEXTOS



Junta de Andalucía

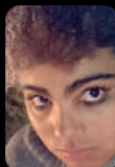
Consejería de Turismo,
Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de
Instituciones Culturales



Esteban Zuazo Galán

Escribir para mí es una forma de plasmar mis sentimientos e ideas. También practico otras artes como la música, y forman una gran parte de mi personalidad. Me alegra saber que también le gusta a los demás y espero que disfrutéis con mi nuevo relato.



Penda Diallo Velasco

La primera vez que escribí fue a mitad de segundo de secundaria, para un proyecto de poesía de la asignatura de lengua. Teníamos que buscar poemas y hacer máximo cinco nuestros. Yo hice trece, nos dimos cuenta de que me expresaba muy bien con la poesía.



Marina Garrido Morillo

Escribo para prescindir de mi nombre al presentarme, que solo haya que leerme para saber quién soy. Escribo por ese sentimiento que me mantendrá viva aunque expire. Eso es lo hermoso de escribir para mí: demostrar que lo efímero es, de alguna manera, eterno.



Elvira Cabrera Arjona

De niña me aprendía de memoria diálogos de películas para representarlos después a mi manera. Luego empecé a escribirlos y a inventarlos. Así fue cómo comencé a escribir y por eso decidí estudiar humanidades. Creo que escribir ayuda a vivir.



Lucía Manrique Molina

La escritura es algo innato en mí, tanto es así que no hallo recuerdo en el que no esté presente. Es un filtro que me ha permitido transformar lo cotidiano y, a simple vista, inefable en arte, transmitiendo además mi sensibilidad y perspectiva personal.



Emilio Alejandro Vera Lozano

Para mí, la escritura es una forma de contar con detalle y profundidad lo que de otro modo no sé explicar, así como un método para relajarme y pasar un buen rato. También es la forma de contar esas historias que desde pequeño tenía en mi cabeza.



Sandra Merino Castro

Desde pequeña invento historias. Para mí, la imaginación es la fuente de todo. Me permite crear mundos e historias únicas, explorar y vivir muchas vidas. Mi objetivo es que mis palabras emocionen y entretengan a quienes las lean igual que lo hacen conmigo.



Fernando Lobato Bandera

Dar forma a aquello que despierta en mí curiosidad y emoción, buscar respuestas, crear refugios, caminos, trincheras y sobre todo, hogares. Dar voz a la injusticia, aflorar la sonrisa, resucitar el pasado, buscar la canción de la belleza. Eso es para mí escribir.



Samuel Baeza Álvarez

Para mí, la escritura es una forma de crear realidades y mundos paralelos, un oficio tan bonito como arduo en el que el escritor vive un proceso de aprendizaje constante. Por eso, en mis novelas, trato siempre de crear mundos especiales y, sobre todo, originales.



Pablo Villén Alba

Para mí la escritura es una liberación. Escribo para mí y quien me lea es algo secundario. Estar delante de una hoja en blanco es como tener un espejo donde se refleja todo lo que soy, lo que no seré y lo que podré ser.



Ángela Rodríguez Justicia

La escritura es como el amigo al que le cuentas todo, es mi forma de sentirme viva, relatando las historias que me rodean. Llegó a mí puerta cuando era muy pequeña, componiendo canciones de amor a mi madre y dedicando cartas a mis amistades.

LO QUE ME IMPORTA

Y OTROS TEXTOS

COLECCIÓN
LETRAS
DE PAPEL



Junta de Andalucía

Consejería de Turismo,
Cultura y Deporte

Agencia Andaluza de
Instituciones Culturales

PRIMERA EDICIÓN:

Edita: Consejería de Turismo, Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

Responsable de la edición: Centro Andaluz de las Letras. Agencia Andaluza de Instituciones Culturales

Edición no venal

© De la edición:

Consejería de Turismo, Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores y autoras

© Del prólogo: Cristian Alcaraz, José María Pérez Zúñiga y Rosario Villajos

© De la ilustración: Ana Müshell

© Del diseño y maquetación: Ildefonso Troya y María Larreta

Esta edición recoge textos seleccionados de entre los presentados en las pruebas de acceso a la Escuela de Jóvenes Escritoras y Escritores, programa del Centro Andaluz de las Letras creado con la finalidad de promover y difundir la creación literaria entre las jóvenes y los jóvenes andaluces.

Depósito Legal: SE 1620-2024

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso por escrito de la entidad editora.

La Comisión de Valoración de las pruebas de acceso a la Escuela de Jóvenes Escritoras y Escritores 2024, compuesta por los autores Cristian Alcaraz y José María Pérez Zúñiga y la autora Rosario Villajos, que seleccionó estos textos de entre los presentados, emitió su fallo el 9 de mayo de 2024.

El asesoramiento técnico del Centro Andaluz de las Letras estuvo a cargo de Antonio Luis Ginés, Carmen Martínez, Emilia Recio, Francisco Luis Ruiz, Julio Velasco, Lourdes Fernández, María Isabel García, Natividad Nuño y Sandra Martín.

Agradecimientos a Ana Müshell por la ilustración de cubierta, y a Cristian Alcaraz, José María Pérez Zúñiga y Rosario Villajos por los prólogos.

La colección “Letras de papel” es una ventana abierta a la creatividad y al talento de las chicas y chicos de Andalucía y una oportunidad para disfrutar de la frescura, la imaginación y el sorprendente uso del lenguaje de niñas, niños y jóvenes de entre 12 y 20 años.

A través de esta publicación queremos animarles a desarrollar su afición literaria y hacerles vivir por primera vez la ilusión de ver su nombre en un libro que se encuentra con los lectores. Además de eso, las escritoras y escritores incluidos en este volumen, serán, junto al resto de seleccionados en las pruebas de acceso, los alumnos de la Escuela de Jóvenes Escritores y Escritoras que se celebrará en Mollina del 7 al 13 de julio. En ella se encontrarán 34 jóvenes autores para compartir su vocación por las letras y descubrir juntos los secretos de la escritura. Esta vez, a los 32 chicos y chicas seleccionados dentro del programa Autoras y Autores Noveles, se sumarán otros dos alumnos/as elegidos por la Fundación José Manuel Lara, colaboradora de la Escuela en esta edición, a través de su concurso literario “Mi libro preferido”.

La comisión asesora, integrada por Cristian Alcaraz, antiguo alumno de la Escuela, José María Pérez Zúñiga y la autora Rosario Villajos, se ha enfrentado a la difícil tarea de reconocer el talento emergente y escogerlo entre las notables muestras de originalidad literaria recibidas.

Quisiera destacar que, un año más, el número de chicas que participan en el programa de Autores Noveles es muy superior al de chicos, como también ocurre cada día en nuestras bibliotecas y actividades literarias, en las que las lectoras superan en número a los lectores. En Andalucía las mujeres son grandes protagonistas de la práctica cultural y estamos decididos a darles más oportunidades, reconocimiento y visibilidad.

El programa de Autoras y Autores Noveles es sin duda uno de los programas más destacados del Centro Andaluz de las Letras. Antiguas alumnas y alumnos de esta escuela única se han convertido ya en autoras y autores con carreras consolidadas merecedoras de destacados premios literarios, demostrando así que Andalucía sigue siendo cuna y cantera de grandes talentos.

Con este programa les ayudamos a desarrollar sus capacidades pero también y sobre todo perseguimos animarles a compartir y cultivar su afición por la lectura y la escritura, hábitos que estamos convencidos de que serán importantes en su desarrollo personal y les harán disfrutar toda la vida.

ARTURO BERNAL BERGUA

Consejero de Turismo, Cultura y Deporte

Junta de Andalucía

Índice general

Prólogo	11
POESÍA 12-14 años	
CIRCO. Penda Diallo Velasco	17
POESÍA 15-17 años	
LO QUE ME IMPORTA. Elvira Cabrera Arjona	21
ROSA SILVESTRE. Emilio Alejandro Vera Lozano	23
POESÍA 18-20 años	
UNA VIÑA EN EL REBALAJE. Fernando Lobato Bandera	27
ACOSTUMBRÁNDOME. Ángela Rodríguez Justicia	29
RELATO 12-14 años	
EL SER DE LA TORMENTA. Esteban Zuazo Galán	33
RELATO 15-17 años	
AUNQUE EL SONIDO SE PIERDA. Marina Garrido Morillo	55
EL ÚLTIMO VERANO DE SAM. Lucía Manrique Molina	81
RELATO 18-20 años	
CECILIA. Sandra Merino Castro	107
VIVIR FRENTE AL MIEDO. Samuel Baeza Álvarez	114
SABER DE VIUDA. Pablo Villén Alba	121

Prólogo

Hace dieciocho años dormí en una de las camas de esta escuela, pero no sabía entonces que ya había decidido algo. La literatura nos obliga a elegir, como también lo hacen las relaciones y el amor, y también lo hace la vida. Todo el rato, sí, la vida todo el rato nos coloca en lugares extrañísimos. Continúo: hace dieciocho años, saliendo de un barrio periférico de Málaga sin apenas referentes, decidí que elegía la escritura, y decidí que levantaba todas mis cartas para jugar.

Ahora, menos joven, y después de leer los textos aquí reunidos y conoceros un poco, quería agradeceros vuestra libertad y todo vuestro atrevimiento. Con el paso de los años se pierde levemente esa osadía, pero intentad quedaros ahí un ratito más. Tenéis los mapas inventados, y también la sorpresa. Así que gracias. También me gustaría citar a quienes no estáis en este momento en estas páginas: sabed que, como en las relaciones y, otra vez, como en la vida o en el amor, no todo depende de nuestro esfuerzo, talento o trabajo.

Hacedme caso: no ganar no cambia nada.

Queridas, queridos, os animo a romper con todo y a jugar. Ojalá podamos ser menos serios. La literatura —y también el mundo— necesitan esos espacios y ficciones donde solo se llega siendo un niño o un adolescente. Leed los textos que aquí se reúnen para celebrar, y después nos vemos en la piscina para hacernos unos largos.

CRISTIAN ALCARAZ

Seguramente uno empiece a escribir para aclarar las propias ideas, pero al hacerlo descubres que hay otra persona que conoce mejor lo que piensas, lo que intentabas aclarar, lo que querías decir, una especie de doble que estaba escondido en tu propia conciencia. Y, si sigues escribiendo, esa nueva personalidad puede adoptar una voz, una cara, empezar a hablar y a actuar, llevándote adonde no sospechabas. Así nacen los personajes, pero para que terminen de cobrar vida —una vida en la que puedan identificarse otras personas— debemos adquirir las herramientas necesarias, aprender el oficio del escritor y, sobre todo, vivir nuestra propia vida, pues cuando escribimos transmitimos nuestras experiencias, y leer no es más que un acto de empatía en el que nos reconocemos en otra persona que ha puesto en sus obras lo mejor de sí misma.

La creación y el pensamiento huyen del ruido y la prisa, pero hay demasiado ruido en nuestras casas, en las aulas y en los medios de comunicación. Una casa donde los padres no leen, los hijos no leen. Vivimos rodeados de inteligencia artificial e inventamos nuevos dispositivos con mayor memoria y que nos permitan navegar más rápido por Internet, pero dudo que haya un invento más perfecto que un libro, que puede contener un mundo completo y todos los mundos que pueda añadirle el lector. Leer, leer de verdad, es un acto de genuina inteligencia, de verdadera originalidad. Porque sin lectura no hay pensamiento, ni opinión pública libre ni democracia. Y da alegría leer los relatos y los poemas de este libro, si hay tanta gente que lee y escribe y enarbolará sin vergüenza en el autobús o en el metro estos artefactos de papel para identificarse como miembros de la secta de la letra impresa. Una sociedad inteligente podría ser el conjunto de lo que se lee.

Como escribiera Miguel de Cervantes, bien sé lo que son las tentaciones del demonio y creer que, por poner tu nombre en la portada de un libro, podrías obtener fortuna y fama. Si es eso lo que nos interesa al escribir, mejor dedicarse a otras empresas más lucrativas, porque lo que tiene de inconstante la fortuna, tiene de firme la fama (en palabras de Gracián) que, en lo que a la literatura se refiere, suele ser póstuma. Y, como también diría W. G. Sebald, otro escritor al que aprecio, quién sabe si las mejores obras no habrán desaparecido sin dejar huella. Pero si uno escribe algo que merece la pena, sin duda llegará a los demás. Porque, para escribir, lo primero que hace falta es

tener algo que decir y, pese a todo lo que se ha escrito ya, lo que un escritor ofrece es una mirada del mundo en un momento concreto: el que le ha tocado vivir. Cada mirada es única e insustituible. Buscar hasta hallar el propio sentido es lo que hacemos al escribir.

JOSÉ MARÍA PÉREZ ZÚÑIGA

Querido y querida joven que también amas la literatura:

Si la escritura es un reto que nos entusiasma, la elección de los mejores textos puede acabar pareciéndose a un deporte de riesgo. Una teme que se le escape una futura autora o autor al que hoy no hemos sabido entender pero que con probabilidad nos dejará atónitas con su obra en unos años. La razón para que esto suceda es siempre la misma: es difícil, por no decir imposible, apreciar de inmediato lo que no se ha visto antes. Y es que nuestro cerebro necesita tiempo para adaptarse a aquello que nadie conoce. Por eso, que tu relato o poema no aparezca entre estas páginas no significa nada, tan solo que debes seguir escribiendo por el mero placer personal que esta acción te provoca. “El artista trabaja con los ojos puestos en el objeto, ninguna otra cosa le interesa. En lo que pueda decir la gente ni se le ocurre pensar”. Esto no lo digo yo, sino Oscar Wilde cuando tuvo que defender su novela *El retrato de Dorian Grey*, que en sus primeras ediciones no fue nada bien recibida y hasta recordada, primero porque eran otros tiempos y segundo porque nadie había leído algo que mínimamente se le pareciera. Tanto fue así, que incluyó un prólogo escrito por él mismo en ediciones posteriores para explicar su novela. Creo que esos prólogos volverán a estar de moda pronto, ya que es posible que tu texto, a pesar de ser uno de los mejores, tampoco aparezca en este volumen porque su contenido no está indicado para todos los públicos. Así que insisto en que espero de corazón que sigas escribiendo con la misma honestidad — porque has escrito lo que te dio la gana—, fuerza —porque pusiste empeño en cada párrafo— y valentía —porque lo escribiste sin pudor.

Dicho esto, paso a elogiar los relatos y poemas que han conseguido llegar a este volumen, después de pasar nuestros filtros. Textos bellísimos, algunos cercanos a lo que sus autores son o serán y otros introduciéndonos en los mundos fantásticos de quienes los escriben. Para mí ha sido un lujo y un privilegio acercarme a todos ellos.

ROSARIO VILLAJOS

POESÍA 12-14 años



CIRCO

Penda Diallo Velasco
Cártama (Málaga)
POESÍA 12-14 años

I

En un circo,
Está el payaso.

Esa soy yo,
Yo los hago reír.

Solo risas hacia mí,
Ni que fuera un maniquí.

Me maquillo de blanco,
Mis sentimientos oscuros.

Lloro de su risa,
No de mi dolor.

Mi existencia
Es dolora.

Me convierto en mimo,
Sigo con lo mismo.

No hablo,
Pero hago.

Encerrada,
Con sus risas.

Rompo las paredes,
Son de hierro.

Me clavan el pánico,
Lo callo.

Lloro contra la pared,
Es mi ser.

Ellos no saben,
Solo ríen.

Yo soy su sirvienta,
Soy su sombra.

Me moriré de risa,
No con la risa.

Espero que se den cuenta,
Y me tomen en cuenta.

Quiero salir del infierno,
No de mi quicio.

Ojalá ser otro,
No un otro.

POESÍA 15-17 años



LO QUE ME IMPORTA

Elvira Cabrera Arjona
Córdoba
POESÍA 15-17 años

No es una enfermedad la juventud

Pretenden que no nos equivoquemos,
que al lanzar demos siempre en la diana,
pero no hemos vivido lo que ellos
ni vamos a aplazarlo hasta mañana.

Sufrimos de penas inconfesables,
de anhelos que nunca llegan a puerto,
de silencios y algún que otro ultraje,
de tristes, largos, demasiados cuentos.

Tampoco es que pasemos de las cosas,
las nuestras nos resultan relevantes,
mirar para otro lado no queremos
y hacer lo que podemos ya es bastante.

No es una enfermedad la juventud
que tenga que curarse con el tiempo,
más bien está tan adobada de virtud
y hay gente que se muere en el intento.

Brincando en lo modestamente feliz

Mi madre
o tal vez mi padre,

o lo mismo su unión
sin ser ninguno en particular
o puede que ambos
pero cada uno por su lado
—cualquiera sabe—,
han conseguido que crezca
y que por ello brinque
en una modesta felicidad
que me acompañará siempre
solo interrumpida
por el tiempo de escuela:
un texto perdido en el espacio
del que nunca saca coma,
punto, acento ni guion
que sea relevante
o sea consciente
o medio determinante
niño alguno más allá
del paréntesis textual.
De ahí que hoy pueda decir
con lo sagrado del momento
y lo preciso del lugar
y la boca más llena
de las bocas grandes llenas
que sí, que con saltos he brincado
en lo modestamente feliz.

ROSA SILVESTRE

Emilio Alejandro Vera Lozano
Málaga
POESÍA 15-17 años

Rosa silvestre, hermosa de la natura, adorada;
aquella que rehúsa siempre a la opresión humana.
Huyendo de todas las gentes, ¿por qué tan villanas?
Ansiando, por fin, ver envenenada tu alma en llamas.

Empalizada de zarzas y de belleza,
exclusivas destrezas de naturaleza.
Creces, rompes a tu alrededor la maleza
con la perfección de tu muestra de pureza.

Tus hijos, tus flores, dejas brotar
y recorre el embrujado lugar,
el tuyo aquel aroma excepcional,
esa dulce muestra de lo especial.

Buscando donde poder ampliar tu dominio y presencia
y tu arraigada crudeza, creciendo oculta en la tierra;
y, a pesar de la sombría soledad de tu existencia,
sigues atemorizada en esta falla de tormentas.

Expandiéndote, siempre sola, rebelde,
sobreviviendo de nuevo, siempre indemne,
buscando lo que te salve de la muerte,
al menos un rayo que te muestre alegre.

Y, a pesar del llanto, sigue pasando tu tiempo
y te mantienes allí en tu escondrijo de ensueño,
conversando con tu único amigo, siempre el viento,
esperando que llegue un rocío, siempre hambriento.

Y permaneces y creces,
mi amada rosa silvestre,
mi salvaje, la imponente,
la más bella de Occidente.

Y sé que a mi regreso
cuando vuelva a tu reino
te encontraré de nuevo
sola, hermosa, creciendo.

POESÍA 18-20 años



UNA VIÑA EN EL REBALAJE

Fernando Lobato Bandera
Nerja (Málaga)
POESÍA 18-20 años

Caminar sobre las olas,
ingrávido pedestal del vigor de los brazos del padre
con muletas de sal y aire, con perfume de infancia.
¿Y qué es el mar sino la forma de mis recuerdos?
El abrazo eterno del remar de la vida del niño
que quiso ser peregrino en los rizos de la espuma.

¿Por qué no crecen las viñas en la orilla?
Quisiera ser vendimia sobre las caracolas,
quisiera ser tierra en el rebalaje
y ver cómo los almendros danzan con la sal,
para recoger con mis manos la canción blanca
conque blanca pintaré mi casa,
que ha de ser colmena
sin más prisioneros en sus celdas
que el lirismo del vivir de cada día
y el cortejo fiel de la sinestesia.
Un lugar donde contemplar cómo se desnuda la poesía,
mía para siempre.

En la reflexión de los olivos, siendo hilos de enjambres
las ramas se clavan en el cielo; como agujas, como espadas.
Es entonces, cuando el cielo se preña de la tierra
cuando los caminos lloran huérfanos
por ver cómo la tierra amamanta a las nubes,
por cómo el aire aprieta sus pechos vetustos
y los exprime contra las casa blancas
y les recuerda que ya son viejas, que ya son tierra.
¡Ay! ¡Carcajada de Dionisos!
No ha habido poeta ni habrá
que conjugue las formas y las abstraiga
como la noche ensimismada.
Eterna lucha por no perder la vida, ni el alma.

Blancos corren los caballos, surtidores de ideas.
Al galopar imaginario, siendo todo, siendo nada
acomplejados por vivir
y escuchar por un momento conversar
a las hijas de Apolo y Dionisos.

Despojado de cuanto no es vida,
destruye todos tus sombreros,
enciérralos en el tártaro más profundo.
¿Y qué son las almas?
Sino racimos de un mismo existir.

¡Cuidad los racimos! ¡Disfrazaos de Demiurgo!
Sed padres de cuanta vida alberguen vuestras manos.
Haced de todo cuanto toquéis poesía.
Convertid el agua en vino.
No ceséis nunca hasta que las viñas crezcan en la orilla.

ACOSTUMBRÁNDOME

Ángela Rodríguez Justicia
Granada
POESÍA 18-20 años

Acostumbrándome.

Desolada,
desacostumbrada
a volver a empezar
a quererme.

Todo está apaciguado,
machacado,
y el frío ha descuidado
mi manera de verme.

Debo volver
a investigar mis pasos.
Reunir pruebas,
juntar primaveras,
amar a la perfección
la amistad de mis
calcetines desaparejos.
Volver a sentir,
el último beso que me di,
intentar abrazar mi regazo.

Querermé a mi manera,
convertirme,
con delicadeza,
acariciar mi piel
con mis suaves yemas.

Una pausa,
en este tranquilo silencio,
para recordar,
siempre,
mis manos,
a cada tiempo.

RELATO 12-14 años



EL SER DE LA TORMENTA

Esteban Zuazo Galán
Córdoba
RELATO 12-14 años

PRÓLOGO

30 de diciembre de 2023

Llovía en la ciudad de Ronda cuando llegó.

El viaje desde Madrid había durado cinco horas, y estaba exhausto. El tráfico había sido intenso, aunque lo había dejado hacía media hora y conducía ahora por rústicas carreteras vagamente asfaltadas. Sentía un fuerte dolor en las sienes y la lluvia fría golpeaba el parabrisas de su Seat. En la radio, sonaba una intensa melodía de guitarra eléctrica acompañada de la desgarrada voz de un cantante que entonaba un hermoso y rudo lamento, “Black hole sun, won’t you come, and wash away the rain...”

Miró hacia arriba por el parabrisas. La carretera pasaba justo por debajo del impresionante Tajo de Ronda, del que tanto había oído hablar.

Un imponente acantilado, que subía hasta que alcanzaba la vista, tapaba el poco sol que se colaba entre las nubes grises, dejando toda la carretera en penumbra pese a no ser más de las cuatro.

Miguel giró hacia la derecha, siguiendo la carretera de tierra que llevaba a la casa rural que él y sus amigos habían alquilado para pasar la Nochevieja. Era un sitio apartado, una escuela ecuestre y hotel rural que se alquilaba en ciertos periodos del año.

La lluvia se intensificaba y disminuía siguiendo irregulares ráfagas que golpeaban el parabrisas con fuerza.

El suelo estaba embarrado, y la visibilidad era muy baja. Puso las luces largas, y entonces lo vio.

Una vibración extraña envolvió el coche. Como a cámara lenta, vio los haces de luz que salían de los faros curvarse como si se reflejaran en el aire.

El agua resbalaba y cambiaba su dirección en torno a aquella extraña zona invisible.

Miguel dejó de respirar. Parecía que el aire desaparecía a medida que se acercaba al objeto. La vibración aumentó. Él cerró los ojos y sintió cómo el aire se enfriaba y el sudor en su frente se congelaba. Notó los neumáticos reventando. Miró una última vez al objeto a través del parabrisas, mientras el coche se levantaba en el aire violentamente y la gasolina se incendiaba. El mundo se convirtió en un revoltijo de cristales rotos y fuego por un instante, y todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO 1

Miguel llegaba una hora tarde. Carlos y yo estábamos sentados en el salón, junto a la chimenea, charlando. Entonces sonó la llamada.

El teléfono blanco rompió la calma con un estruendoso timbre. Carlos, que estaba al lado, lo cogió.

—¿Diga?

Su redondo rostro varió de su usual color rojizo y quemado por el sol a un tono claro, casi cerúleo. No me miró.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Que no... ¿Qué?

—Sí, vale... de acuerdo.

Carlos, tembloroso y pálido, colgó el teléfono. Me miró con los ojos abiertos y llenos de preocupación. Vi el horror en su rostro.

—Miguel... ha tenido un accidente. Ha fallecido.

Mi corazón dio un vuelco. Mis piernas temblaban, y no dije nada. Solo bastó con mirarnos.

La mujer de Carlos, Alicia, entró al salón.

—Carlos, ven y mira esto. La casa es increíble, tiene unas vistas...

Ambos estábamos sentados en el sofá de cuero, con los brazos apoyados en las piernas, como exhaustos. Carlos miró a su esposa, que se sentó a su lado.

—¿Qué pasa?

Él la abrazó y rompió a llorar. Las lágrimas se formaron también en mis ojos, y expliqué a Alicia lo sucedido. Ella abrazó a su marido. Cuando se hubo calmado, Carlos volvió a hablar.

—Eso no es todo. La policía me ha dicho que no podemos irnos.

—¿Qué? — respondimos Alicia y yo al unísono.

—Sí. El accidente ha provocado un alud de lodo y la carretera está cortada. Con este tiempo no pueden venir a despejarlo, así que estamos atrapados hasta que la tormenta amaine. Bruno está en comisaría, velando porque lo despejen lo antes posible.

Todos estábamos en *shock*. Con esfuerzo, decidí ponerme a cargo de la situación. Me levanté y miré a la pareja.

—De acuerdo. Estamos obligados a quedarnos aquí durante el fin de semana. Intentaremos no pensar en esto, ¿de acuerdo? Nos apoyaremos los unos a los otros, disfrutaremos lo máximo posible y brindaremos por Miguel.

Carlos se secó las lágrimas.

—Sí. Hagamos eso.

Todos nos pusimos en pie.

—Vale —dije yo—. Si queréis, id a ver la tele un rato o algo, ¿qué os parece? Yo voy a llamar a comisaría y a hablar con Bruno.

—Sí, de acuerdo.

Se marcharon al comedor por el pasillo, y yo cogí el teléfono y marqué el número de la comisaría. Tras unos segundos de espera, sonó una voz al otro lado.

—Comisaría de policía de Ronda, ¿dígame?

—Hola, buenas, les llamo desde el 14, Partida de los Molinos. Podría hablar con Bruno Reina, ¿por favor?

La mujer al otro lado del teléfono enmudeció un momento antes de contestar.

—De acuerdo, que sepan que estamos haciendo todo lo posible por aliviar su situación. Se lo paso.

—Muchas gracias.

Otra breve pausa, y oí la familiar voz de Bruno al otro lado.

—Oye, ¿cómo estáis?

—Bien, Bruno. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Él mantuvo el silencio durante unos instantes.

—No lo sé, yo sólo estaba conduciendo para venir y me encontré un montículo de tierra y el coche boca abajo y ardiendo.

—¿Pero qué...? —Me tomé un momento y me subí las gafas— Bruno, eso no tiene sentido. ¿Por qué estaba ardiendo? ¿Por qué volcó?

—¡Madre mía!, no lo sabemos. La policía está investigando. Creo que van a traer el coche en un rato.

—Bruno, tenemos que salir de aquí. Miguel ha muerto, ¿te das cuenta? Esto no es una fiesta, es un funeral perpetuo. Carlos está destrozado. Ya sabes que lo conocía desde el colegio...

—¡Sí, sí, ya lo sé! —exclamó estresado—. Estoy metiendo toda la presión que puedo, pero el terreno está impracticable y los helicópteros no funcionan con estas condiciones.

Yo soplé con frustración y apoyé mi frente en mi muñeca.

—¿Cuántos días?

—Según los meteorólogos, tres.

—De acuerdo. Pero por favor, venid cuanto antes. Esto...

Me interrumpió un alarido que venía del comedor. Yo solté el teléfono inmediatamente, que quedó colgando del cable. Corrí hacia allí. Alicia estaba pálida. Había soltado el cuchillo sobre la encimera y sus manos temblaban. Miraba por la ventana con el gesto horrorizado. Su marido estaba junto a ella, y le preguntaba sin cesar.

—¿Qué pasa, Alicia? ¿Qué pasa?

Ella temblaba. Miraba fijamente por la ventana. Tartamudeando, dijo:

—E-el cab-caballo...

—¿Qué sucede con el caballo, Alicia? —dije, lo más calmado que pude. Miré por la ventana, y me di cuenta de que no había tal caballo.

—Ha... desaparecido.

—¿Qué?

—Lo he visto... —dijo ella—. Estaba mirándolo y, de pronto, se ha hecho una bola y se ha ido al bosque...

—¿U... una bola? ¿Cómo que una bola?

— Sí, se retorció, se le rompieron los huesos, y voló hasta aquel árbol.

Carlos y yo nos miramos. Estaba claro que deliraba. Su marido le acarició la espalda con delicadeza.

—Cariño... los caballos no hacen eso.

Ella seguía escrutando la ventana, sin inmutarse lo más mínimo.

—Lo sé... pero lo he visto, Carlos. Con mis propios ojos.

—María, ven y siéntate conmigo. Creo que estás algo estresada...

Ella miró furiosa a Carlos.

—¿Es que no me crees?!

Él se sorprendió por aquella súbita respuesta.

—Claro que sí, cariño, pero puede ser una ilusión, la lluvia...

—Lo he visto. Su columna se curvó hacia atrás y sus patas se dieron la vuelta. Fue horrible.

—Bueno, vamos a sentarnos. Te vamos a hacer una tila y nos vamos a relajar, ¿de acuerdo?

Ella lo fulminó con la mirada.

—No estoy nerviosa. Sé lo que vi.

Carlos endureció el gesto. Vi cómo aumentaba la tensión entre ellos.

—María, colabora un poco. No es el mejor momento.

—¿Qué quieres decir?

Él gritó. Las lágrimas asomaban de nuevo en sus ojos oscuros.

—¡Estamos aquí atrapados en esta maldita casa y mi mejor amigo ha muerto! ¡No es el mejor momento para tus estupideces, ¿no te parece?! ¡¿Qué has hecho?¿Has vuelto a beber otra vez?!

Ella tenía la boca abierta, y Carlos se movía de un lado a otro de la habitación, sudando, como un poseso. No sabía si marcharme o quedarme allí, mirando. Tras unos violentos segundos de silencio, decidí retirarme a mi habitación sin decir nada.

La habitación era una estancia con paredes de gotelé amarillentas y mobiliario algo anticuado, con muebles de madera oscura y muy barnizada. Tenía una ventana cuadrada que miraba al bosque y un pequeño cuarto de baño con una ducha y un inodoro decorado con azulejos verdes. Cerré la puerta del dormitorio y eché el cerrojo, mientras me desabrochaba la camisa y deshacía la maleta. Desde allí, se escuchaban los gritos algo amortiguados. Distinguía algunas palabras, como “alcohólica”, “ver-

güenza”, “momento” o “mentira”. De vez en cuando se escuchaba también un insulto o una palabra soez que me hacía arquear las cejas, sorprendido.

Me metí en la ducha para aclarar mi mente. Me sentía muy cansado, quizás por el largo viaje, o por todo lo que nos quedaba por delante en este terrible fin de semana.

El agua caía, con poca presión, sobre mi pelo seco y resbalaba hasta caer en el suelo blanco. Me quedé bajo el agua templada un momento, reflexionando y relajándome.

En ese momento escuché algo. Una vibración ligera y extraña que resonaba en mis tímpanos y me producía escalofríos. Noté cómo el lugar se movía, como en un terremoto muy atenuado, y se producían ondas en el agua del suelo. Las miré hipnotizado. Mi respiración se detuvo un momento y el agua bajó su temperatura rápidamente. Empecé a tiritar. La vibración aumentó gradualmente hasta que se volvió insoportable, y me tapé los oídos. El espejo y los botes de jabón saltaban y vibraban con fuerza. El aire había desaparecido, y vi cómo las gotas de agua en mi cuerpo se congelaban y se convertían en diminutos e hipnóticos orbes de hielo blanco. Entonces, el espejo, cuya vibración aumentaba exponencialmente, reventó y se rompió en mil pedazos que se esparcieron por el suelo del baño.

La vibración cesó. El aire regresó a mis pulmones, y el agua volvió a caer de la ducha.

Estaba de rodillas, bajo el chorro de la ducha. Tiritaba sin cesar pese a que el agua que caía estaba caliente. El hielo que se había formado en mi cuerpo se derritió, y en ese momento llegó Carlos.

Llamó a la puerta, alarmado por el ruido de cristales rotos.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Yo temblaba como un niño. De pronto, la razón volvió a mí.

—Me he resbalado —dije, con la voz grave—. El espejo se ha roto.

Trae una escoba.

Carlos mantuvo el silencio durante un instante.

—Vale, no te muevas —dijo—. Voy a por ella.

Yo no contesté. Miré alrededor, impactado. ¿Qué había sucedido? Un terremoto se hubiera notado en el resto de la casa también. Y el frío era inexplicable. ¿Fruto de mi imaginación?

Mi yo racional me invadió. Nadie debía saber de esto. Sabía perfectamente que la cordura de todos pendía de un hilo. No debían saberlo. Rápidamente, me puse de nuevo la ropa.

Carlos llegó con el cepillo y un recogedor, y se puso a barrer el estropicio. Yo escuchaba hipnotizado el tintineo de las brillantes esquiras chocando entre sí mientras él barría. La luz gris se colaba por la ventana, proyectando en el suelo las gotas de lluvia que caían hacia abajo. Carlos terminó de barrer y, sin decir nada, se marchó.

Yo salí del baño y me senté en la cama con los dedos entrelazados. ¿Qué acaba de pasar?

Bajé a la cocina para hacerme una tila. En el salón, Carlos y Alicia descansaban en sillones opuestos. Apenas se miraban. Ella fumaba un cigarrillo. Él observaba el fuego, hipnotizado.

Yo no pronuncié ni una palabra. Atravesé el pasillo para llegar a la cocina y puse el agua a calentar en un cazo y, cuando hubo roto a hervir, la vertí en una taza, puse el saquito dentro y la tapé con un plato.

Miré por la ventana, hacia la cuadra vacía. ¿Dónde estaría ese caballo?

Dirigí entonces mi mirada al bosquecillo que crecía detrás. Alicia parecía tan segura, tan convencida...

Miré mi reloj. Eran las siete de la tarde, y los últimos rayos de sol se colaban entre las nubes negras e inundaban el valle. Una brisa extraña hacía a la hierba larga y húmeda moverse como si fueran brazos, extremidades de almas desesperadas.

Me estremecí por la idea. Rápidamente, aparté mi vista y cogí la taza, a la que di un enorme sorbo.

El líquido estaba amargo y demasiado caliente, y arrugué el gesto.
—Se me ha olvidado ponerle azúcar —dije, molesto.

CAPÍTULO 2

Aquella noche no hablamos apenas. Los tres nos sentamos en el comedor, una estancia anexa a la cocina con seis mesas cuadradas

distribuidas delante de la barra. Cada una estaba austeramente decorada con un servilletero negro y un mantel de papel. Nos sentamos en mesas separadas, y nos servimos algo de sopa comprada que Carlos había calentado en una gran olla de la cocina.

Yo la probé. Sabía demasiado salada, y tenía una textura más espesa que líquida. Probablemente, Carlos la hubiera calentado demasiado tiempo.

La lluvia seguía repiqueteando en los cristales, y el canalón del techo crujía mientras transportaba el líquido incoloro que caía sin cesar de aquel cielo opaco y negro. Estos ruidos, junto con las cucharas tocando el fondo de los platos, eran lo único que rompía el monótono silencio que reinaba en la estancia.

De pronto, el lugar se iluminó con una luz blanca y cegadora. Vi, como a cámara lenta, cómo de la inmensa bóveda nubosa que era el cielo crecía una larga y esquelética extremidad blanca que aceleraba hacia el bosque, a apenas unos doscientos metros de la casa, y desaparecía entre los árboles. Sorprendentemente, no se produjo ningún incendio. Menos de un segundo después, la casa entera retumbó con un fuerte trueno que provocó unas minúsculas ondas en mi plato de sopa. En mi retina se quedó grabada, durante unos segundos, la forma siniestra y ramificada del potente rayo.

Carlos se marchó el primero. Sin decir nada, se levantó de la mesa y se marchó, sin siquiera recoger su plato. Unos segundos más tarde se fue Alicia, siguiendo el mismo patrón, y me dejaron solo en el comedor. Yo miré al plato, cansado. Mis párpados se cerraban, y tras casi sumergir mi cabeza en la sopa, decidí levantarme, recoger todos los platos, e irme a la cama.

Atravesé el pasillo para llegar a mi habitación, que estaba al final. Era la más cercana al siniestro bosque, pero me negué a pensar en nada extraño o sobrenatural.

—Estoy delirando —me dije.

Entré al cuarto y miré al lugar donde antes había estado el espejo. Algunos azulejos del suelo se habían rajado con el impacto del cristal, haciéndolos peligrosamente cortantes para unos pies descalzos.

Antes de acostarme, cerré la puerta del baño, supersticioso. Me metí en la cama, apagué la luz y, tras mirar al techo oscuro durante unos segundos, me dormí.

Estaba en un denso pinar. La lluvia arreciaba. Caminaba bajo el agua torrencial, como si no me importara. Tenía la sensación de que tenía que seguir caminando, que tenía una cita, algo que hacer.

Conforme caminaba, el bosque iba cambiando. Los árboles estaban más estropeados, tenían menos follaje, y la lluvia seguía cayendo. Miré a mi izquierda. Un caballo muerto estaba tirado en el suelo, en una extraña y macabra posición. Sentí escalofríos. De pronto, me detuve.

Frente a mí, había una estructura semienterrada de lo que parecía ser una exótica piedra negra. Me acerqué para tocarla, y sentí cómo mi vello se erizaba cuando mis dedos rozaron el frío material, que al tacto se asemejaba al metal. La estructura se abrió, retirando cuatro placas que estaban entrelazadas. Una intensa vibración invadió mis tímpanos. Yo miré al interior.

Había una criatura. Bueno, no exactamente. Era más bien una extraña entidad transparente, que refractaba la luz de una manera hipnótica. Yo incliné la cabeza, tratando de comprenderla, al mismo tiempo que me acercaba. Sentía que no era inanimada, que tenía vida. Dando lentos pasos, me acerqué a aquel ser y me sumergí en él.

Noté el tacto, como si tuviera piel. La vibración aumentaba. Mi cuerpo se contorsionó violentamente, pero yo no sentía dolor. Escuché cómo la vibración variaba, y casi se convertía en vagas palabras.

El ser hablaba lentamente y tartamudeando, como un niño pequeño.
—AYU... DA... HABL... HABLAR... TORMENTA... DORMIR...

Un relámpago cayó encima de la estructura, iluminando todo el lugar. Las paredes estaban grabadas con círculos, que se encendieron con una luz blanca. El resplandor me envolvió, y cerré los ojos.

Me desperté con un fuerte trueno que retumbó por toda la casa. Estaba sudando. Me incorporé para mirar el despertador, pero algo llamó mi atención.

Tras la ventana, la luz se refractaba hipnóticamente. Me froté los ojos, incrédulo, pero la refracción había desaparecido.

¿Había sido más que un sueño?

Intenté dormir, pero tras media hora de frío y vueltas en la cama, lo di por imposible y bajé al salón.

Miré el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Me froté los ojos y me acerqué a la estantería para ver si había algo interesante.

Pasé el dedo por los lomos de los libros, la mayoría de ellos guías turísticas de Ronda en varios idiomas y libros informativos acerca de la fauna y flora de los alrededores.

De pronto, algo llamó mi atención. Mi dedo rozó la superficie fría y resbaladiza de una caja de CD.

Lo saqué y miré la portada. Mostraba el rosetón de una iglesia medieval sobre un fondo negro, y no tenía nada escrito en él. Extrañado, cogí el reproductor de CDs que había en un cajón, lo puse en la mesa e introduje el disco plateado.

Me senté en el sillón, frente al reproductor, mientras este crujía y comenzaba a funcionar.

Regulé el volumen para no despertar a Carlos y Alicia, y me incliné sobre la mesa para escuchar mejor.

Comenzó a sonar una única voz masculina emitiendo un antiguo canto en latín. Yo escuché con atención, pero no llegué a distinguir las palabras. Debía de ser un canto religioso.

Tras unos segundos, decenas de otras voces se unieron al canto. Formaban una intensa y compleja armonía que provocaba paz y tranquilidad. Yo me recliné hacia atrás en el sillón, admirando la música.

Me despertaron ruidos en la cocina. Entumecido, me llevé la mano a la cabeza y pasé mis dedos por mi pelo revuelto y oscuro. Eran las ocho, y Carlos estaba preparando café y tostadas llenando la casa con un olor dulce y delicioso.

La lluvia seguía cayendo, incesantemente, y golpeando las ventanas y las repisas. Sentí frío, y me puse un jersey gris que había dejado allí el día anterior. A continuación, fui a la cocina.

Alicia estaba sentada al fondo, masticando sin ganas la tostada y mirando a la televisión con el pelo sin arreglar y una bata sobre el pijama. Yo saludé, con cierta cautela.

—Buenos días.

Ella contestó sin mucho afán, pero sin agresividad en su voz.

—Buenas.

Fui a la cocina, donde pude encontrar a Carlos dando sorbos a una gran taza de café. Lo saludé de la misma manera, y él contestó algo más animado que su esposa.

—Buenos días. ¿Café?

—Sí, por favor.

Él vertió el líquido negro contenido en la cafetera en una taza de barro de igual tamaño que la suya. Luego, echó dentro un terrón de azúcar y me lo ofreció.

—Café solo, como a ti te gusta. Los físicos sois unos aburridos, tío.

La pequeña broma me llegó por sorpresa. Sonreí levemente y bebí algo de la taza. Después, le comenté.

—Te veo de mejor humor, ¿no?

Él sonrió mientras tomaba su bebida.

—Sí. Hoy voy a empezar de cero. Vamos a hacer lo que tú dijiste, e intentar disfrutar un poco. Me he levantado antes y he separado las uvas en tres paquetes de doce, como hacía mi abuela.

Yo elevé las cejas con sorpresa. Había olvidado que hoy era nochevieja. Él leyó mis pensamientos.

—Lo habías olvidado, ¿verdad? También he sazonado el pavo, así que hoy podremos relajarnos y hacer lo que queramos.

Yo sonreí. Sentía que el Carlos de siempre había vuelto. En ese momento me llegó a la mente la imagen de Alicia.

—Me alegro de tu actitud, Carlos, ¿pero antes de eso has pensado en hacer las paces con Alicia?

Su sonrisa disminuyó levemente.

—Sí, lo he intentado, de verdad que sí. Pero llevamos ya varios meses mal, ¿sabes? No me quiere ni hablar. Hoy ha ido a dormir a otro cuarto y todo.

—Vaya, Carlos, lo siento. Intentaremos arreglarlo en estos días, ¿vale?

Carlos miró al suelo y me dio las gracias. Yo le di una palmadita en la espalda.

—Venga. A disfrutar.

Empezamos el día con muy buen pie. Tras el desayuno, nos arreglamos y exploramos un poco la casa. Durante la mayoría del año, era un hotel rural, y por eso era un lugar bastante grande. En la recepción había un ordenador, pero no teníamos la clave de acceso. Las escaleras también llevaban a un sótano en el que encontramos un pequeño almacén lleno de herraduras, sillas de montar, riendas y todo tipo de accesorios para caballos. Hallamos también un armario donde había dos escopetas y una extraña pistola cilíndrica que Alicia identificó como un arma para sacrificar a los animales. Hasta a ella se le subió la moral, y la escuché reír en un par de ocasiones.

El hotel también estaba dotado de spa, en el que nos quedamos durante toda una hora.

Salí de la piscina de agua caliente cuando miré el reloj. Era ya la una, y decidí dejar a Carlos y Alicia solos un rato para intentar que se reconciliaran.

Me sequé con una toalla, me cambié de ropa y subí arriba para empezar a cocinar el almuerzo. Abrí el frigorífico, y la ola de frío me golpeó. Pero no provenía del aparato: provenía de todas partes. Un frío que solo pude identificar como aquel que me asaltó en la ducha el día anterior.

Tensé mis músculos. Recordé de sopetón todo lo que había sucedido: lo había olvidado completamente. Miré a mis lados, pero no vi nada extraño. El frío disminuyó hasta desaparecer, y entonces oí un grito.

Cerré el frigorífico de un portazo y corrí escaleras abajo hacia el spa.

La piscina de agua caliente estaba parcialmente congelada. En la parte helada yacía el cuerpo de Alicia, cuyo torso sobresalía de la superficie del hielo y se inclinaba hacia la izquierda, inerte. Sus ojos estaban vidriosos y su piel cerúlea. Me di cuenta de que era la primera vez que veía un muerto, y me invadió el miedo.

Miré a Carlos. Tenía el rostro horrorizado y temblaba incontroladamente. Tras balbucear un poco, lanzó un aullido de dolor.

—¡Alicia!

Sus ojos estaban inundados por las lágrimas. Se lanzó hacia el cadáver, resquebrajando el hielo que se había formado en la piscina. El

delicado cristal gélido se rompió bajo su peso, arañando sus muñecas y su torso mientras intentaba desesperadamente abrazar a su esposa, ahora muerta. Yo estaba paralizado frente a la escena, sin saber qué hacer, aterrorizado. Miré hacia la izquierda y vi que el pequeño ojo de pez que daba luz natural a la estancia estaba destrozado. A través de él, vi el bosque de pinos en la distancia.

Me miré las manos. Temblaban. Retrocedí unos pasos, temeroso, y me quedé en la esquina. Esta era la sala que había bajo mi dormitorio. Los pensamientos pasaban por mi mente como un devastador remolino de ideas. Ambas miraban al bosque. El bosque. El caballo. La ducha. Alicia. El frío. El espejo. La tormenta. El agua caía. El hielo. El bosque. El caballo. Alicia. AYU... DA... HABL... HABLAR... TORMENTA... DORMIR...

Un rayo me sacó de mi ensoñación. Estaba tirado en el suelo, con los brazos rodeándome las rodillas como un niño asustado. Carlos lloraba mientras abrazaba el cuerpo de su mujer, que ahora flotaba libremente después de que el hielo se derritiera. Una irracional superstición me invadió.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Era un fantasma?

Con cautela, me levanté. Mis piernas también estaban temblorosas. Retrocedí unos pasos por el pasillo, hasta el almacén. Allí cogí la escopeta y rebusqué desesperadamente en los cajones en busca de cartuchos. Los encontré y los cargué en la escopeta, que se cerró con un golpe seco. Me apoyé el arma en el hombro y comencé a gritar.

—¡Muéstrate, diablo! ¡Fantasma, lo que seas! ¡Si nos vas a matar, muéstrate!

Mi corazón golpeaba con fuerza mi pecho y me dolían los oídos. Subí las escaleras de madera sin bajar en ningún momento el arma. Solo se escuchaban los incesantes ruidos de la lluvia. Continué gritando.

—¡Lucha! ¡Si eres tan poderoso, pelea contra mí! ¡O vete de aquí, espíritu inmundo!

Escuché un crujido, y disparé el arma en aquella dirección. Una hermosa paloma blanca, que acababa de echar a volar desde el alféizar

de la ventana, reventó por la fuerza explosiva del perdigón y su sangre me salpicó en la cara. Me di cuenta entonces de mi locura, y caí al suelo, llorando desconsolado.

No sabía qué hora era cuando se me acabaron las lágrimas. Me levanté lentamente y bajé de nuevo al spa, con el cañón de la escopeta mirando hacia el suelo.

Carlos estaba fuera de la piscina, sentado en una esquina y con la mirada perdida en el infinito. El cadáver flotaba de una forma macabra, con la boca abierta, las extremidades extendidas y el pelo suelto extendido en todas las direcciones. La lluvia se colaba por el agujero de la ventana rota y caía al suelo, donde se había formado un gran charco. Carlos habló con una voz ronca que nunca hubiera esperado oír de él.

— Ha sido de repente... ha temblado todo, y hacía frío, y se ha roto la ventana y ha mu... muerto...

La luz que entraba por el ventanuco iluminó de pronto su rostro lleno de lágrimas, y reveló una expresión devastada y desesperada, siniestra. No era él.

—Es mi culpa, es todo mi culpa... soy un cerdo.

Yo estaba contrariado.

—¿A qué te refieres, Carlos?

Él se levantó.

—Llevaba meses enfadada conmigo, porque nunca le hacía caso. Ella tenía problemas con el alcohol por mi culpa, y es que yo... —Las lágrimas volvieron a asomar en sus ojos diminutos. —yo estaba con otra. Soy un cerdo. Ahora ha muerto, muerto. Por mi culpa, por mi culpa.

Carlos se golpeaba la frente con la mano. Yo me acerqué a él.

—Pero qué dices, Carlos. —Intenté detener su mano, pero él la apartó.

—¡No me toques! Ha muerto por mi culpa, ella se drogaba por mi culpa, mi culpa...

Caminaba como un loco, haciendo eses y cruzando los pies. Yo le seguí hasta el almacén, intentando detenerle, pero él corría. Antes de poder pararlo, agarró la pistola de matarife. Yo palidecí.

—Carlos, qué haces. ¡Qué haces!

—No me merezco vivir. Ya lo he pensado. Lo he pensado mucho, mucho.

Él se puso el arma en la sien.

—Carlos, no estás en tus cabales. ¡Para!

—Adiós, amigo. Lo siento.

—¡Carlos, no!

Él apretó el gatillo. Yo cerré fuertemente los ojos, y escuché con un nudo en la garganta el disparo y el golpe seco que produjo su cuerpo al golpear el suelo. Lancé un alarido de horror y pena, y sin mirar a Carlos, salí corriendo y cerré la puerta tras de mí.

Estaba aterrorizado. Corría sin control por las escaleras, y después por la cocina, y por el salón. Apenas veía, pues mis ojos estaban llenos de aquel líquido que ya llevaba horas derramando y que resbalaba por mis pómulos. Cogí de nuevo la escopeta. Salí afuera, y grité bajo la lluvia a la condenada tormenta que nos había vuelto a todos locos.

Dirigí entonces mi mirada al bosque. Allí estaba la culpa. El artífice de todo. Cogiendo el arma por el cañón, corrí, empapado, hacia el lugar, pasando el establo vacío. Aminoré la marcha mientras me acercaba, y sentí que ya conocía ese lugar. Ya había estado allí, en mis sueños.

Algo llamó mi atención. Me detuve. Yo jadeaba y mi sudor se mezclaba con la lluvia. Caí de rodillas.

Ahí yacía un caballo blanco, con las patas mirando hacia el interior del bosque y moscas rondando por su lengua extendida.

Todo era verdad. El sueño, el caballo, el episodio en la ducha. Todo era verdad.

Intenté convencerme de que esto era una pesadilla, un terrible sueño, y que me despertaría en breve en mi casa de Córdoba, con las maletas listas para un fin de semana con mis amigos. Pero no fue así.

Estaba solo, atemorizado y bajo la lluvia, frente a aquel macabro animal muerto. Intenté atar cabos, entender qué sucedía.

Sabía que allí, a unos doscientos metros, habitaba la criatura refractante en su guarida negra. Sabía que me podía matar. Cerré los ojos y visualicé el sueño. Recordé sentir lástima por la criatura. La vibración... ¿Qué significaba todo esto?

Vi, en mi mente, las ondas que se formaban en el suelo de la ducha el día anterior. Aquellos mágicos patrones cambiantes... eran un código. Recordé las palabras en el sueño. Ayuda, hablar, tormenta, dormir. Miré el pelaje del cadáver del caballo. Aquellos patrones en cruz. Ya no sentía miedo. Lo entendía.

Solté el arma en el suelo. Lo comprendía todo. Corrí hacia la casa, de nuevo, como nunca había corrido. Al llegar, arranqué una hoja de una guía turística y pinté en ella lo que pude recordar de aquellos patrones. Las lágrimas mojaban los rudimentarios dibujos, que pronto acompañé de cálculos. No era un fantasma. Era un extraterrestre. Me froté la cabeza. Lo entendía. ¿Pero qué hacer?

Saqué el disco del reproductor CD. Lo examiné con detenimiento. No estaba rayado ni dañado, como nuevo. Recordé la armoniosa melodía. Eso serviría.

Corrí de nuevo al bosque, con el disco en su caja. Caí rodando por la ladera tras tropezar con una roca, pero no me importó. Me levanté y seguí corriendo hasta llegar al bosque.

Avancé despacio por el pinar, como lo hice en el sueño. Los árboles crujían mientras la lluvia resbalaba de las oscuras agujas que eran sus hojas. El suelo estaba plagado de corteza mojada y piñas, y liberaban un intenso aroma fresco y húmedo.

Yo caminaba despacio y con cautela, con la respiración agitada por la carrera anterior. Sabía que mis pasos me guiaban, que mi subconsciente ya conocía el camino. Pronto avisté la estructura.

Admiré con detenimiento su forma ovoide, en la cual no me había fijado durante la visión. La lluvia resbalaba por la superficie lisa. Yo posé mi mano sobre ella y esperé.

Las cuatro compuertas se retiraron como los dientes de una extraña boca. Tras ella, se hallaba de nuevo la criatura, desviando la luz hipnóticamente. Se hallaba inmóvil, como asustada o sorprendida.

Sentí aquella vibración. Me acerqué muy, muy lentamente. Sentí cómo el ser estaba vivo, y no escondía mal alguno. Abrí la caja del CD con mucho cuidado. La vibración aumentó y el frío me invadió. Comencé a flotar conforme me acercaba. Sentí dolor, pero lo ignoré. Le ofrecí a aquel

ser el disco, y me rendí. Mi cuerpo se volvió a contorsionar a medida que mis pulmones colapsaban y dejaba de respirar. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que hubiera funcionado.

Sentí cómo mis dedos tocaban la piel de aquella criatura. No tenía mal alguno. Era pacífica. La acaricié levemente mientras flotaba. Ya lo comprendía. Nuestras mentes se fundían. Vi el disco reflejar su luz multicolor mientras lo examinaba. Escuché cómo la vibración se convertía en una melodía, en aquellos complejos cantos que había escuchado esa mañana. No tenían la culpa, ni Carlos, ni Alicia, ni Miguel, ni Bruno. Ni yo. Yo era el nexo, una unión entre especies y entre mundos. Volví a caminar por esas escaleras. Acariciaba la paloma, que echaba a volar hacia el cielo sin nubes. El caballo nunca había muerto, y pastaba tranquilamente en el prado florido. Los cantos en latín se habían quedado en simples melodías, pero pude escuchar una última palabra: GRACIAS...

CAPÍTULO 3

2 de junio de 2052

Me desperté en una habitación de hospital. Junto a mí había mucha gente que no conocía. Un monitor mostraba en la pantalla mis constantes vitales. La luz era blanca y cegadora, y mis ojos escocían, impidiéndome parcialmente ver lo que pasaba alrededor. Me miré los dedos. Mi piel estaba muy blanca y podía distinguir mis vasos sanguíneos. Notaba, como amplificadas, el calor del sol y el roce con la bata blanca que vestía. Sentía que estaba nuevo, renovado. Un médico junto a mí me habló.

—Bienvenido de vuelta.

Yo me giré hacia él, entumecido. El hombre sonreía, y los periodistas en la puerta hacían fotos sin cesar y me cegaban la vista momentáneamente. Me pasé la mano por la cabeza: estaba completamente calvo, y toda mi piel estaba pegajosa, como la de un recién nacido.

Algo a mi derecha llamó mi atención. Era un ser extraño, como ninguna especie que conocía. Era cuadrúpedo y alto, y tenía un aspecto

mecánico, casi robótico. Pero percibía que estaba vivo. Habló con una voz suave a través de un pequeño altavoz en su exotraje mecánico, que sonaba con vibraciones armónicas, como de cantos medievales.

—Es el año 2052. Sé que debe de estar confuso, pero se lo explicaremos todo en cuanto se recupere.

De pronto, mis ojos cambiaron una vez más de objetivo. En la habitación circular había tres camas más, cada una dotada de su propia ventana y mesa auxiliar. Todos los pacientes tenían casi el mismo aspecto, con la piel blanca y sin vello, aunque reconocí a una mujer entre el grupo. Con esfuerzo, me incorporé levemente para mirar. Me sonaban tanto esos rostros...

De pronto, los recuerdos volvieron a mí. Aquel fin de semana de pesadilla, todo lo que habíamos pasado...

Descansé mi cabeza en la almohada, tranquilo y en paz de que todo hubiera funcionado.

Tras unos días en observación, pude salir de la habitación por primera vez. Fue entonces, durante mi primer paseo fuera, cuando observé a través de una ventana que estaba en el espacio exterior.

Yo caminaba con un andador, que me ayudaba a impulsarme pese a la debilidad de mis músculos. Me acompañaban la criatura y el doctor humano. Nada más atravesar la puerta automática de la habitación, hablé.

— Funcionó lo del CD, ¿no?

Me contestó aquel ser mecánico, girando su cabeza plateada para inspeccionarme antes de responder.

—Así es. Fue una idea ingeniosa.

—Os comunicabais con vibraciones de baja frecuencia, ¿no es verdad?

—Exacto. Nuestra especie evolucionó para desviar la radiación mortal de nuestro sol mediante nuestra piel, que vuestros ojos no pueden ver. De la misma manera, nosotros nos comunicamos mediante vibraciones, pero de una frecuencia tan baja que causaban daños irreparables en la vida terrestre. La Expedicionaria aterrizó en el planeta en vuestro año 1923, y los habitantes locales siempre la

tomaron por un demonio, aunque en realidad, ella solo quería comunicarse. Al proveerla del disco, le indicaste las frecuencias no letales que podíamos emitir para conectar con vosotros. Ella creó estos exotrajés para poder hacerlo, y nos unimos pacíficamente con los seres humanos.

Yo sonreí satisfecho mientras perdía mi mirada en el pasillo blanco inmaculado, transitado por enfermeras robóticas y pacientes. Me asaltó de pronto una duda.

—¿Y el sueño? ¿Qué sucedió con eso?

El ser me miró con la ranura de luz que hacía de sus ojos a través de su caparazón metálico.

—La Expedicionaria consiguió conectar contigo mediante las vibraciones más agudas que podemos emitir naturalmente, las que vosotros llamáis “ondas alfa”. Éstas son emitidas por vuestro cerebro y son imperceptibles a vuestro oído, que solo puede detectar una vibración de veinte hercios. Pero sí pueden presentarse en vuestros sueños, por lo que pudiste comunicarte con ella durante unas horas. Ella te dijo las pocas palabras en vuestro idioma que pudo aprender durante esos años en el planeta Tierra.

Yo asentí. Estaba impresionado.

—Y entiendo que estoy vivo gracias a vuestra...

—Tecnología avanzada —me interrumpió el extraterrestre—. Os mantuvimos en un estado de letargo durante años hasta que hallamos la manera de curar los daños producidos por la vibración.

Eché un vistazo a la estación espacial—hospital en la que me encontraba. La luz del brillante sol que entraba por las ventanas con filtro de radiación se movía por las paredes, indicándome que el lugar entero estaba girando, probablemente para proveerlo de la gravedad artificial de la que ahora disfrutaba. Tras unos segundos de meditación, hablé.

—Mis amigos están vivos también, ¿verdad?

No pude verlo, pero entendí que la criatura había esbozado una sonrisa.

—Dé la vuelta a ese corredor.

Emocionado, miré hacia la izquierda. Allí me esperaban los tres, Miguel, Carlos y Alicia, vestidos con las mismas batas blancas que yo. Junto a ellos, el anciano Bruno sonreía mientras me saludaba con una mano.

Feliz, solté mi andador y corrí hacia ellos. Tropecé y fui trastabillando hasta caer en brazos de Carlos, que me abrazó. Una única lágrima resbaló por mi mejilla. Yo era el nexo, la unión. La fusión de mundos. La paloma volaba ya lejos. El caballo galopaba mientras su crin ondeaba al viento. Estaba listo para salir a aquel mundo nuevo, junto a mis amigos, para vivir una vida renovada en la luz de un nuevo amanecer.

RELATO 15-17 años



AUNQUE EL SONIDO SE PIERDA

Marina Garrido Morillo
Albaida del Aljarafe (Sevilla)
RELATO 15-17 años

1

Cristales

Despierto abrumado por un vago recuerdo. Camino sobre cristales con un agujero que me atraviesa el pecho. Oigo, con cierto hastío, a mis pies lamentarse y, con aún menos regocijo, oigo el aullido del viento, deslizándose sin piedad por el hueco de mi torso. Ante mi esfuerzo en vano por recuperar esa respiración de la que gozaba, me veo a mí mismo alzando las manos, tratando desesperadamente de enrollar hilos de aire entre mis dedos y conducirlos hasta mi pecho.

Avanzo a zancadas hacia ninguna parte, pero tengo la esperanza de llegar a algún sitio. Los cristales se hunden en la planta de mis pies con un afilado silbido. Decido olvidar de dónde vengo en cuanto veo cómo me sigue un rastro de fragmentos carmesí entre otros tantos transparentes. Estos relucen bajo la luz de un sol cegado por algo tan denso como para desteñirlo. Un sudor frío invita a mis pies doloridos a agarrotarse cada vez más, y aunque no recuerdo como seguir avanzando, lo hago, pues se ha convertido en la única acción en la que empleo esfuerzo y da resultado. El pesar de la nostalgia que me invade por anhelar el ensanchamiento de mis pulmones acaba por empujarme a soltar un alarido, que me hace temblar y delirar, hasta el punto en el que me convengo a mí mismo de que lo he visto tambalearse, etéreo, en el aire. Y el dolor comienza a ascender hasta los tobillos, y sube ardiente, impasible, hasta mis rodillas.

Una sensación inefable: mi cuerpo, ahora inmóvil, vibrando de tal manera que siento que uno de los hemisferios de mi cerebro se entremezcla con el otro, como cuando uno entrelaza sus dedos y los presiona con firmeza. Y segundos después ambos lados acaban por

separarse. Tan vertiginoso es ese distanciamiento, que he sentido cómo una membrana viscosa y elástica pegada a mi cuerpo ha empleado sus mayores esfuerzos en hacer que estos no salieran disparados de mi cabeza. Aunque así lo han hecho.

Ese sentimiento me ciega de manera abrumadora, y me hace olvidar el sentido de lo que es ser persona y lo que es no serlo. Y descompone otros muchos conceptos hasta llevarme a cuestionarme cosas alejadas de cualquier sentido. Y todas esas preguntas se despliegan y se desarrollan de manera descontrolada, tejiendo una red tan apoteósica como inquietante, para volver a plegarse y simplificarse hasta convertirse en una sola pregunta:

Óliver, ¿por qué estás pisando cristales?

2

Blanco

No había más que vacío en aquella sala envuelta en una cegadora claridad que se filtraba por las finas cortinas de varias ventanas. Me observaban inertes, cubiertos de blanco impoluto, hasta los más insignificantes detalles. Un ligero olor a lejía, y otro mucho más lejano a café y dulces, se prestaban a engatusar mis sentidos. Se escuchaba a algún que otro pajarillo gozando de la luz que ofrecía la mañana y su dulce canto se entremezclaba con las voces de varios niños que jugaban en los jardines. En medio de la sala, una cama y un sillón junto a una mesita.

Tumbado en ella, escuchaba con atención las voces de dos señores que hablaban a unos pasos de distancia.

—Tal vez algún problema con la mucosa, algún trastorno temporal, quizás dolor de pecho o problemas respiratorios. O quizás nada. Nunca había visto nada igual —aclaró el primero, ataviado con una bata blanca y un estetoscopio colgado del cuello.

Se rascó la cabeza con expresión de dolor y dedicó varios segundos a un largo suspiro de derrota.

—El chico está bien —le dijo al segundo tipo, con una sonrisa que buscaba ser tranquilizadora—. Excepto por esto.

Señaló el centro de mi pecho. Bajé la mirada con dificultad y encontré un reloj donde antes había estado mi escalofriante agujero. Un reloj incrustado en mi pecho desnudo. El reloj lucía un marco de madera, rodeado por un orbe dorado que había visto tiempos mejores. En el interior, tres manecillas se perseguían unas a otras sin fatigarse ni detenerse, produciendo un leve tic-tac que, tras oírlo durante varios segundos, acabó por hacerme perder la cabeza. Estas manecillas las guardaba un fino cristal, adornado con algunas motas de polvo y huellas de dedos aquí y allá. Y justo por el centro, como si el destino hubiera querido trazar el diámetro de la circunferencia, una grieta. Tan profunda como para incitar a cualquiera a guardar el reloj en un cajón polvoriento y no volver a tocarlo, o este se haría pedazos.

—Está roto —dijo con voz temblorosa el segundo señor.

Envuelto en una gabardina negra a juego con su sombrero y sus zapatos, observaba mi reloj con el rostro descompuesto.

—No esperarán que yo cuide de él, ¿verdad? —dijo el señor del sombrero.

El señor de negro miró hacia los lados con cierto nerviosismo hasta acabar clavando su mirada en la del doctor. Varias arrugas surcaron con fiereza su frente y sus labios se fruncieron con fuerza.

—Ni siquiera será capaz de aguantar dos días sin...

El doctor interrumpió al señor de negro con una mirada acusadora. Y le detuvo a tiempo antes de que la vena de su sien explotase. El señor de negro se pasó la mano por el pelo y volvió a colocarse el sombrero. Le dedicó una mirada suplicante al doctor, intentando mantener la compostura. Entonces el especialista se acercó a él y le dio dos palmaditas en la espalda, que resonaron por toda la habitación.

—Continúe con su vida y con la del chico, Sebastián.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta.

Sebastián quedó arrinconado en una de las esquinas de la habitación. Rodeado de blanco, supuse que ese debería ser el color que representase a la tristeza a partir de ahora, el pobre hombre era incapaz de dejar de derramar lágrimas sobre su gabardina. Se echaban

una carrera unas a otras, tomando como punto de partida sus ojos cerrados con fuerza, surcando sus mejillas, atravesando su barbilla fruncida y cayendo al vacío negro de su gabardina. Tal era su desconsuelo, que provocó en mí un sentimiento agotador de impotencia que me hizo compartir sus lágrimas. Traté de arrancar el reloj de mi pecho en varias ocasiones, pero no sirvió de nada, este estaba incrustado firmemente, y yo ya lo odiaba con todo mi ser.

Varios minutos después, advertí como la figura oscura de Sebastián se cernía sobre mí. Ambos, sin dejar de llorar, clavamos nuestras pupilas en las del otro.

—¿Sabes quién soy?

Su voz resonó por la habitación como un espectro tambaleante. Parecía decepcionado conmigo. Sebastián, al ver que no pronunciaba palabra, suspiró con pesar y se apartó de mí.

—Soy tu padre —dijo, dedicándome una mirada con desdén.

No solo los relojes podían quebrarse, también las voces.

Quizás ahora me era imposible dejar de llorar porque no recordaba a ese hombre, ni siquiera sentía una pizca de afecto hacia él, y resultaba ser mi padre. ¿Qué me habría pasado? ¿Habría tenido un accidente y habría perdido la memoria? ¿Habría arrastrado a mi padre hacia una vida envuelta en la penumbra? ¿Habría cometido alguna estupidez? ¿Dónde estaba mi madre?

Y como si acabara de leerme el pensamiento, dijo:

—Ahora tu madre está muerta, y todo por tu culpa. Todo porque ella decidió salvarte a ti.

La culpa cayó sobre mí como un muro de ladrillo consolidado a lo largo de los años. Solo sabía sollozar por el dolor que me provocaba la incertidumbre que abrazaba mis costillas. Arrojado hacia un mundo del que no recordaba nada. Hacia una vida que no sabía que me pertenecía. Desconsolados e incomprensidos. Así estuvimos, llorando y lamentándonos cada uno desde una esquina de la habitación.

Hasta que llegó ella.

3

La chica roja

Entró por la puerta una chica vestida completamente de rojo: su falda larga, su camisa, sus manoleínas, su boina... Con la cara moteada y el pelo rojizo, los ojos bañados en mar y hoyuelos de ángel. En el centro de su pecho, un reloj. Este lucía un costoso marco de pedrería que brillaba bajo las frías luces de la sala. Al cristal intacto, resplandeciente, le habían encargado proteger tres manecillas confeccionadas por el más virtuoso relojero. Estas corrían dentro de una estructura circular de caoba lisa y suave a la vista. La chica sujetaba una cesta de mimbre que desprendía un olor dulce que no tardaría en asociarle, e iba acompañada por la que supuse que, por edad, era su madre.

—Muy buenas —saludó la señora que la acompañaba.

Su expresión no tardó en entristecerse, al ver a mi padre secarse las lágrimas apresuradamente con la palma de las manos y buscar un pañuelo, perdiendo patosamente la oportunidad de esconder cualquier tipo de debilidad ante aquellas dos señoritas.

—Siento lo de su mujer —añadió.

Sebastián hizo un leve movimiento con la mano indicándole que no se preocupara, y empleó sus mayores esfuerzos en sacar una sonrisa desigual de lo más forzada, apretando el pañuelo mojado entre sus manos.

La chica vestida de rojo no tardó en desentenderse de la conversación que empezó a fluir entre ellos dos y se acercó a mí lentamente, expectante. Observó con curiosidad cómo mis lágrimas caían sobre las sábanas de la cama; estaba desconsolado y aturdido por el dolor que me cegaba.

Era como si la chica nunca hubiera visto a nadie llorar, como si no supiera de la existencia de aquel sentimiento. Pero, bajo aquella cortina de perlas translúcidas que cubría mis ojos, pude apreciar por primera vez cada uno de los detalles de su rostro salpicado. Enmudecí. Y la contemplé a ella también, como si se tratara de una obra de arte. Cada pincelada, cada detalle, cada color, cada facción esculpida por un verdadero artista.

—La única que ha sabido como serenarle —dijo Sebastián señalando a la chica con una sonrisa, dejando al descubierto algunos huecos en su dentadura.

Y la chica lo ignoró. Y yo callaba. Temía que la vibración de mi voz pudiera alterar la belleza de aquel rostro, que un leve suspiro se la llevase de aquella habitación. Me sonrió y todo el ruido de mi cabeza me abandonó al ver cómo su rostro se contraía levemente, acogiendo a sus sonrosadas mejillas y sus compasivos hoyuelos. Contuve las lágrimas al presenciar aquel sutil movimiento. Todo un coro comenzó a cantar una dulce melodía envolvente dentro de mí. ¿Quién era esa chica y cómo podía apropiarse de todas esas voces con solo pestañear?

—Óliver será nuestro nuevo vecino —le aclaró la señora al ángel teñido de rojo.

Y ni siquiera por eso apartaba la vista de mí. Ladeaba la cabeza sutilmente y entornaba los ojos. Examinaba cada centímetro de mis ojos y escalaba cada montaña parda de mi iris, deteniéndose incluso en nombrar cada uno de los picos que conquistaba. Porque los conquistaba, sin lugar a dudas. Alzó la mano y me saludó tímidamente. Estaba tan sumergido en la marea de sus ojos que una parte de mí deseaba ahogarse en aquel océano sin fondo, plagado de olas cristalinas que se mecían junto a la brisa que traía consigo un ligero olor a sal.

—Leonor, ¿me estás escuchando?

—Sí.

Se dio la vuelta rápidamente, recogiendo sus manos detrás de su espalda y alzando la barbilla. Miró fijamente a su madre. Esta sonrió enternecida.

—Será mejor que nos vayamos —concluyó, sonriendo a Sebastián.

—Tome.

Leonor le tendió a Sebastián la cesta de mimbre, cubierta por un pañuelo rojo a cuadros y rodeada de un delicioso olor a galletas de jengibre.

4

Recién caído del cielo

Recuerdo el día que mi padre me tomó de la mano y me animó a levantarme de la cama. El accidente me había pasado factura y me resultaba casi imposible tenerme en pie. No obstante, Sebastián siempre solía

encargarse de darme ánimos y no parar de recordarme a quién veríamos aquel día. Leonor vivía un poco más adelante, tan cerca de nuestra casa como para escucharla abrir y cerrar la puerta. Su hogar era enorme y elegante. Una mansión plagada de ventanas y poseedora del mismísimo jardín del edén a sus alrededores. Mi hogar era mucho más humilde, cubierto de cacerolas oxidadas y retales. Casi era capaz de ver cómo mi casa se encogía y se escondía bajo la sombra de la de Leonor, intimidada.

Sebastián y yo avanzábamos poco a poco hacia la casa de la chica roja. Yo estaba inquieto. No había pronunciado palabra desde que pisé el felpudo al salir de casa. Leonor y sus océanos turquesas vagaban aún sin rumbo entre mis deshilachadas cuestiones sin respuesta. Aquel accidente me había apartado de la cordura, pero su mirada hizo que aquel contra-tiempo pareciese eso: un insignificante tropezón. Oía el reloj de mi padre tictaquear levemente al son de sus pasos, mientras el mío correteaba incansable, tratando de no tropezar con las piedras del sendero. Aunque más de una vez lo hacía.

La puerta de la gran mansión la abrió una mujer de curvas prominentes a la que no reconocí. Sebastián saludó inclinando su sombrero y yo me limité a sacar una sonrisa temblorosa. Una vez se apartó, pude admirar la angelical figura de Leonor aguardando tras ella, con una cesta de mimbre colgada del brazo. Lucía un vestido rojo con volantes y un lazo carmesí aterciopelado adornaba su cabeza.

Terminé engatusado por el embriagador olor de las galletas bajo el pañuelo a cuadros. Y más deslumbrado aún con ella. ¿Cómo le habla uno a un ángel recién caído del cielo?

—Dah... eh...

Cerré la boca frunciendo los labios. Me ardían las mejillas.

—Es de mala educación no saludar a una señorita, Óliver —me recordó Sebastián entre risas.

—Ho... la —fui capaz de articular, presa de su presencia.

Ante mi inminente parálisis, solo pude esbozar media sonrisa, a la que Leonor respondió agitando su mano.

5

Opus

Después de un tiempo me acostumbré a escucharla tocar el piano desde mi ventana. Sebastián no solía dejarme solo mucho tiempo, le gustaba tenerme vigilado para que no me moviese de donde me había dejado antes de irse. Hacía poco había logrado poner un pie delante del otro sin enredarme y caer al suelo. Ya era un experto caminante, a falta quizás de saber siquiera como agarrar una pluma. Más de una vez, cuando no miraba Sebastián, había acabado sentado en el alféizar, entre maceta y maceta, tratando de oír la música de Leonor aunque fuera un poco más de cerca. Sutileza y elegancia. Solía imaginar sus dedos bailando por el teclado.

Recuerdo ir también un día a su casa dando brincos —acabé por aprenderme el sendero de memoria— y sentarme junto a ella en la banqueta del colín.

—¿Cómo se llama la canción?

—La obra —me corrigió, señalando al aire con el dedo índice y recitando de memoria su breve discursillo—. Es la Impromptu op.142 n^o2, de Schubert.

Asentí, convenciéndome a mí mismo de que había entendido al menos una de las palabras que había pronunciado sin siquiera detenerse.

Aquel día la escuché en directo, sentado a un palmo de ella. Puedo afirmar que vi a un ángel hacer de la música la respiración de un ser humano, y tocar, aunque fuese inconscientemente, al compás de su reloj acompañante. De vez en cuando levantaba las cejas, indicándome que pasara la página con cuidado para que ella no tuviera que detenerse. Sus ojos cerrados, sus delicadas manos, sus pies en los pedales, su cabeza recitando en silencio la melodía que interpretaba con un sutil movimiento...

Estoy seguro de haber visto a un ángel con un reloj en el pecho.

6

Cisnes

Un día encontré una caja de pegatinas bajo mi cama.

Desconocía si eran mías o debían serlo, pero ahí estaban. Así que

las cogí y las metí en una bolsa que antes había sido presa de los ratones. Agarré mi gorra bañada en cuadros pardos, corrí colina arriba y llamé a la puerta de Leonor. Caminamos juntos por un parque cubierto de hierba, a la que la suave brisa peinaba. La mañana lloraba gotas de rocío sobre las tiras verdes. El cielo, plagado de cirros, era una pintura impresionista, compuesta por pinceladas y suspiros entre cada luz y cada sombra. Los árboles dibujados a mano alzada, de línea fina y temblorosa, daban al paisaje ese elemento en relieve que tanto ansiaba. Cada hoja, cada verde, cada detalle en armonía, devolvían vida a cualquier mirada perdida.

Nos sentamos en uno de los bancos de hierro forjado que miraban hacia un lago. Vimos cisnes. A Leonor le encantaba hablar sobre ellos. Se pasaba horas y horas observándolos con atención. Me encantaría ver en ellos lo que ella veía.

Sacó un libro de su maletín rojo —Que combinaba con su vestido y su boina— y una bolsa con cerezas. Comenzó a leer en voz baja mientras se las llevaba a la boca con delicadeza. Tras unos instantes, la llamé dándole dos toquécitos en el hombro y levantó la vista, sacudiendo la cabeza para apartar el cabello de su rostro.

—¡Mmmm!

—¿Traes galletas?

Sonrió y asintió. Las sacó de su maletín y me las tendió. Siguió leyendo mientras yo comía. Ella mecía sus pies en el banco y guiñaba sus ojos levemente a causa del brillante sol de primavera. Más tarde, advirtió cómo me inclinaba disimuladamente sobre las páginas y trataba de comprender el texto escrito.

Rio dulcemente.

—¿Quieres leer tú también?

Di un trago incómodo, degustando la última galleta que quedaba.

—No sé leer —dije, no muy convencido de haberme atrevido a confesárselo.

Combinar letras y con ellas formar palabras. Acto seguido vendrían las frases y después los párrafos. La gramática, la ortografía, la caligrafía... Todo ello acabé por olvidarlo sin remedio tras mi misterioso accidente.

—Te enseñaré —dijo sonriente.

Y recuerdo seguir su dedo señalando cada palabra y soñar con sus labios teñidos de rojo por las cerezas, mientras pronunciaban con claridad y precisión cada sílaba.

Conseguí distraerme un segundo de la lectura, mientras Leonor continuaba, y alcanzar mi bolsa raída, posada en la hierba.

—Óliver, ¿qué buscas?

Leonor interrumpió su lectura.

—Es una sorpresa.

Cerró el libro mientras sonreía con ojos brillantes. Saqué las pegatinas de la bolsa y despegué uno de los círculos rojos con delicadeza. Le sonreí con la pegatina adherida a la yema de mi dedo. La pegué en el cristal intacto de su reloj. Ella me miró perpleja, primero a mí y luego a su pecho. Pestañeó varias veces en silencio sin saber qué decir.

Sonreí.

—No quiero perderte nunca, chica roja.

7

Silencio

—¿Qué pasó el día del accidente?

Al ver que Sebastián fruncía el ceño mientras examinaba el periódico, decidí concretar un poco más.

—¿Qué le pasó a mamá?

Y entonces levantó la mirada con ojos inyectados en sangre. Apretó el puño, y me escurrí, hundiéndome en el sofá.

—Mientras estemos los dos bajo el techo de mi casa, no se mencionará a mi difunta esposa, ¿entendido?

—Entendido.

Y tanto que lo entendí. Fue lo único que logré asimilar a partir de ese momento.

8

¿No lo oyes?

Un día me sorprendí a mí mismo despertando de golpe tras escuchar el tictac de mi reloj más alto de lo normal. Lo sujeté, con la tez pálida, mientras sentía los golpecitos nerviosos en mi pecho. Respiré entrecortadamente mirando hacia los lados frenéticamente. Ni siquiera recordé abrir el armario y saludar a las polillas que habitaban allí dentro. Corrí desesperado hasta la gran casa de Leonor y recé porque abriera la puerta tras llamar impaciente por tercera vez.

La puerta se abrió de golpe y encontré a Leonor frunciendo el ceño, agarrando el pomo, perpleja. No le dio tiempo a articular palabra.

—Le... Leonor —conseguí decir mientras jadeaba—. ¿Y si algún día nuestros relojes dejan de hacer ese irritante sonido que repiquea? ¿Y si dejan de sonar... sin más?

Mi pecho se hinchaba una y otra vez, intentando calmar mi sumiso sentimiento de impotencia. Supuse que a estas alturas era lo que nos tocaba plantearnos a todos. A algunos antes, a otros después. Esta vida comenzaba a cobrar cierto sentido y, en efecto, a pertenecerme. Floreció una preocupación dentro de mí que muy difícilmente iba a abandonarme de ahora en adelante. La mirada confusa de la chica recorrió toda mi figura hasta llegar al nivel del suelo. Bajé la mirada y encontré unos pies cubiertos únicamente por unos calcetines verdes agujereados y manchados de tierra.

Abrí la boca, intentando explicar cómo había salido corriendo colina arriba en pijama, pero ella se me adelantó.

—Será mejor que entre antes de que le vea madre, señor despistado.

Sonrió mientras negaba con la cabeza y sus tirabuzones anaranjados rebotaban sobre el cuello de encajes de su vestido rojo. Me tendió una gabardina que esperaba un dueño desde hacía siglos, colgada en el perchero, y me invitó a pasar. Subimos hasta su habitación sigilosamente. Leonor cerró la puerta con cuidado. Me senté sobre la alfombra roja y dorada que cubría todo el suelo y aguardé a que ella hiciese lo mismo.

—Si madre llega a verte... así —Me miró de arriba abajo—, me mata por haberte dejado entrar.

Dirigí una mirada silenciosa hacia el cerrojo de la puerta de la habitación, saturado de detalles con florituras y pintura dorada sobre la madera teñida de rojo. Alcé la mirada hasta los ojos de Leonor. Me observaban con cierto aire de melancolía.

—Te pasa algo —su dulce voz quiso apiadarse de mí.

Se arrodilló en la alfombra y me miró frunciendo los labios.

—¿Estás bien? No has dicho nada desde que te he invitado a pasar.

Volvió a dedicarme una mirada compadecida, de la que yo hui sin motivo alguno, refugiándome entre los recovecos de la alfombra. Un sentimiento abrumador me hizo un nudo en la garganta. Confesarle a esa chica aquello, sería como entregarle la llave de mi interior y hacerle prometer que a partir de ahora, cuando me fuera de viaje, ella se encargaría de limpiar de vez en cuando y comprobar que todo estuviese en orden. No tardé mucho en volver a alzar la mirada y buscar con ansia sus océanos rodeados de pequeñas islas sobre su piel.

—Los relojes —dije.

A ella era capaz de dejarle en herencia cada rincón de mi interior.

—¿Qué les pasa?

—No paran de decir “tic-tac”. Todos los días, a todas horas, cada mañana, cada noche, bajo la almohada, sobre alféizar, en el amanecer, en el ocaso...

Leonor seguía los movimientos nerviosos de mis manos con la mirada.

—Deseo que enmudezcan. Pero mi mayor miedo es que su sonido... cese.

Mis ojos se empaparon sutilmente, intentando que Leonor consiguiera comprender cuan contradictorias eran mis inquietudes.

—N... no lo comprendo. —Curvó sus labios mientras observaba mis ojos cristalinos— ¿De qué sonido estás hablando?

Enmudecí.

—Del sonido que producen los relojes cuando se mueven las manecillas.

Leonor abrió la boca queriendo decir algo, pero acabó cerrándola cuando llamé su atención.

—Espera, tú solo escucha.

—Pero...

—Shh.

Quedamos en silencio. Un tictaqueo revoloteó entre nosotros. Tanto mi reloj como el suyo marchaban al compás. Era un sonido tan sutil, que parecía estar suspendido en el aire, teniendo como único apoyo el polvo que flotaba destellante entre los pequeños haces de luz que entraban por la ventana. Tras observarla escudriñar el aire durante unos segundos, expectante, sentí cómo su mano se posaba sobre la mía. Esa sonrisa piadosa me hizo apartar la mirada de ella.

—No lo oyes.

—Óliver, los relojes nunca han hecho ningún soni...

—Creo que los oigo desde el accidente —le interrumpí—. Aunque sigo sin recordar nada anterior al hospital.

Los ojos de Leonor se abrieron expectantes, agarrando los míos con fuerza. Su sonrisa había desaparecido. Un escalofrío suspiró a centímetros de mi nuca.

—¿De qué accidente estás hablando?

Y ese fue el día en el que Leonor perdió la memoria. O al menos eso me pareció a mí, porque luego decidió sentarse frente al piano y deleitarme de nuevo con su querido Schubert.

9

¿A dónde vamos?

Es cierto que a veces los músicos necesitan acudir a los brazos de la música cuanto antes, para poder procesar lo que acaban de vivir. Es imperativo para ellos traducir los sucesos a sonidos, es su forma de vida.

Al siguiente día fue Leonor, envuelta en un chal rojo, la que tocó a mi puerta desesperadamente. Me condujo, cogiéndome con fuerza de la mano, hasta su casa. Cruzamos el umbral, pasamos al lado de la gran escalera, atravesamos la cocina y entramos en la supuesta despensa, que

guardaba una serie de peldaños desiguales de piedra, descendentes, que llevaban finalmente a una puerta. El pasillo era estrecho y oscuro, alumbrado únicamente por una tenue lámpara de pared.

—¿A dónde vamos?

Leonor se llevó un dedo a los labios rápidamente. Ahora solo se escuchaba el tictaqueo de nuestros relojes. Se puso de puntillas para coger una llave que colgaba de la solitaria lámpara y abrió la puerta de madera, dejando al descubierto un pequeño taller que respiraba polvo y lucía ropajes de telarañas. Sin olvidar su joyería pluscuamperfecta: un sinfín de relojes que colgaban de las paredes, rotos, viejos, sucios, arañados, con desperfectos... Sin cristal. Sujeté mi reloj, el cual seguía luciendo su profunda franja. La cuestión que había planteado anteriormente aún rebotaba entre el eco de las paredes del pasillo: “¿A dónde vamos? ¿A dónde vamos?...”

—La pregunta correcta sería: de dónde venimos —respondió Leonor. Cerró la puerta tras de sí.

—¿Por qué los relojes no tienen cristal? —pregunté con un hilo deshilachado de voz.

Sentí náuseas y me tambaleé durante unos instantes. Leonor se percató y me sujetó del brazo.

—¿Estás bien?

Asentí. Siguió agarrándome con firmeza.

—No he podido dejar de pensar en lo que me dijiste de los relojes —suspiró. —Mi padre decía que cuando la gente muere se les resquebraja el cristal y se les desprende del pecho.

Volví a recorrer todos los relojes sin vida de la pared, conteniendo el aliento.

—¿Por qué coleccionaba relojes de personas... mu... muertas?

Empecé a temblar involuntariamente una vez Leonor me soltó del brazo para mirar una de las reliquias más de cerca. Esta se encogió de hombros.

—Quizás quería adivinar a dónde vamos cuando morimos.

—¿Vamos?

Leonor asintió.

—Tú y yo. Y todos.

10

Pájaros de papel

Un día Leonor me encontró sentado frente a un árbol. Sus ramas desnudas y huesudas se cernían sobre mí, expectantes. La niebla se paseaba paulatinamente por la superficie del parque, convirtiéndolo en un lugar lúgubre y sosegado. Yo entendía aquello como la más acertada representación de hermosura. El aroma que había arrastrado la brisa tras la lluvia había quedado impregnado en el aire. El piar grácil de las golondrinas escondidas en sus nidos, aguardando la llegada del sol en el cielo encapotado. Supongo que olvidé lo que significaba ser efímero.

Escuché —aún sentado a los pies del árbol— un tictaqueo familiar. Constante y agraciado, el sonido condujo hasta mí a una bella damisela de ojos claros y abrigo carmín. Leonor se sentó a mi lado y me deleitó con el sonido de sus manecillas incansables en continuo movimiento. Contemplamos juntos cómo una de las únicas hojas que aún habitaba en el árbol caía, acariciando el aire con delicadeza, hasta llegar a posarse sutilmente en el suelo. Nunca había sentido tanta melancolía, como cuando vi a esa hoja tocar el suelo. Las manecillas cantaban, las nubes emigraban, los pájaros volaban... Leonor ya no se fijaba en la hoja, sino en mí.

—¿Alguna vez te has parado a verlo? ¿Has visto cómo las hojas caen de los árboles?

Ella negó con la cabeza en respuesta a mi pregunta. Volvió a contemplar el árbol y esbozó una sonrisa apenada.

—¿Por qué estás triste? Lo hacen todos los días —dijo.

Respiré hondo.

—Justo por eso.

Quisiera hacer callar a los relojes de un suspiro. Quisiera pedirles a las nubes que devolvieran al sol un destello fugaz. Quisiera despojar a los pájaros de sus vuelos, volverlos de papel, y colgarlos de un hilo. Un hilo a las densas nubes atado. Y observarlos desde la hierba, sentado, anhelando el sonido de unas manecillas olvidadas.

11

Eterno domingo

Aquella soleada tarde, observé como, a lo lejos, un cisne se acercaba a mí. La primavera había devuelto a los árboles su color y su gracia. Había traído al sol de vuelta, y había cortado los hilos de los pájaros. De las nubes no sabía nada, así que no me preguntéis. Solo podía fijarme en aquel cisne de tirabuzones rojos y vestido níveo caminar hacia mí con su elegancia habitual. Ella era el fruto del arte de Monet y la música de Tchaikovsky.

Esboqué media sonrisa.

—Yo creyendo esperar a una damisela, y en vez de eso acude a mi encuentro un bello cisne.

Al escuchar aquello, Leonor frunció los labios, curvándolos como solía hacerlo cada vez que utilizaba mis palabras para describir la belleza de las cosas. Para describir la suya, siempre que se me permitía. Me levanté del banco en el que estaba sentado y le besé la mano.

—Te noto más caballeroso de lo normal.

—Bobadas, yo siempre he sido un caballero.

Y me deleito con su risa. Crucé mi brazo con el suyo y emprendimos nuestra marcha, caminando a la vera del lago, contemplando a las nubes desintegrarse y volver a formarse de la nada. Al alzar la vista y fijarme mejor en su rostro, vi a una chica un tanto diferente a la que había conocido en el hospital. Notablemente diferente, me corrijo. Sus facciones más definidas, el pelo más oscuro, las clavículas más marcadas, los ojos más profundos... Toda ella más compleja, más madura. Aunque seguía teniendo esa mirada curiosa y aquella pegatina roja en el reloj, siendo las únicas hebras que la emparentaban con la chica del hospital.

—También te noto más sonriente —me dijo.

La miré con una sonrisa que formó hoyuelos a los lados de mi boca. Contemplé el agua cristalina del lago brillar a la luz del sol radiante de primavera. Mi cabeza funcionaba dentro de un desastre, pero esta vez con cierto orden, algo casi legible. Empezaba a entender cosas que el aturdimiento de la camilla del hospital no me habían dejado descifrar.

Me llevé la mano con la que no sujetaba el brazo de Leonor a la cara. La palpé y traté de dibujar un retrato mental de mi rostro. ¿Era la misma persona que había despertado del accidente? O quizás el aleteo de los pájaros me había mostrado una luz esperanzadora de la que antes no era consciente. Esa era la consecuencia de aprender lo que uno olvida, de reescribir una historia en blanco.

—¿En qué piensas esta vez? —preguntó, curiosa, ladeando la cabeza.

Sujetaba una sombrilla blanca, apoyándola sobre su hombro.

—Pensar... —dije, y volví a mirarla— Suelo pensar en muchas cosas a la vez.

—Y una de ellas es...

Reí y negué con la cabeza.

—Una de ellas es... —Me tomé un instante para seleccionar una de mis eternas reflexiones—, que mi vida últimamente parece un eterno domingo.

Sonrió e inclinó la cabeza, indicándome que siguiera hablando, y cerró los ojos mientras la guiaba por el parque, como si disfrutara con el sonido de mi voz mientras el sol se fundía en el rastro de pecas de su rostro.

—Siempre ha sido un sentimiento de impotencia y agonía, a la vez precioso que desesperante, que ha acabado por enredarme y desenredarme repetidamente. Es vivir todo sabiendo que, al instante, el instante se vuelve pasado.

Abrió los ojos mientras continuábamos caminando. Me dedicó su tierna mirada azulada.

—¿Y piensas en algo más?

Una vez dijo eso solo pude detenerme y, por consecuencia, hacerla frenar a ella. Observé sus ojos de nuevo e intenté memorizar cada uno de los rasgos que la hacían ser ella y no otra persona. Y allí estaba, agarrado a su brazo y buscando en sus labios el significado de la palabra futuro.

—Pienso en que hoy, especialmente hoy, estás radiante.

Volvió a sonreír de aquella dulce manera.

—Pienso en que nadie sabrá jamás lo que es realmente un cisne si no te ha mirado a ti.

Quedé inmóvil por un instante, sin poder despegar la mirada de sus ojos. Me dio un vuelco el corazón y de un momento a otro mi reloj se echó a correr. Un tictac agresivo y desesperado que se apoderó de mí. Y luego llegó ese valor que nunca había tenido.

—Y también pienso en que he sido un estúpido por no decirte nunca lo enamorado que estoy de ti.

Recuerdo que aquel beso fue en lo único en lo que pensé durante los siguientes días.

12

Sonrisa escarlata

—Y entonces, una tarde paseando por el parque, me dijo:

—Deberíamos casarnos.

Así, sin más. A lo que yo respondí:

—Creo que se te olvida que somos dos jóvenes que se conocieron hace un puñado de días.

Se tapó la boca con delicadeza, acercando su mano envuelta en un guante escarlata a sus labios, y rio.

—No exageres —me dijo entre risas.

—¿Exagerar? —pregunté perplejo.

13

Palomas y geranios

Posteriormente, pude confirmar que aquella chica a la que conocí en el hospital era un verdadero cisne. Un cisne que danzaba, vestido de blanco entre las campanadas de la iglesia. Casi no empleó tiempo en organizar la boda, y mucho menos en encontrar una casa para vivir los dos juntos. A mi padre ni siquiera le extrañó. A nadie, de hecho. Supongo que en mis ojos se adivinaba mi futuro con la chica de rojo desde el día que la conocí.

Y ahora vivíamos perdidos en el campo, en una pequeña y hermosa casa de ladrillos rojos con geranios en las ventanas y palomas en el techo. Ella se había empeñado en que fuese así, al igual que en el libro con el que me había enseñado a leer en el parque. Depositar mi confianza en ella había sido un completo acto de fe. Conocerla a tal velocidad y dársele todo. Escuchar cómo el tictaqueo de su reloj vivía día a día. Eso, de alguna manera, también me daba vida a mí.

En la casa también había un piano. Cada mañana, Leonor se levantaba temprano para deleitar a los pajarillos con la obra de siempre. Aunque esta sonaba mucho mejor que la primera vez que la escuché: con más sentimiento, más color, un fraseo excelente y un constante cantabile que me despertaba todas y cada una de las mañanas a su lado.

14

Inopia

Mis preocupaciones sobre el sonido de los relojes habían crecido tanto que mis pensamientos habían adquirido la forma de un palimpsesto. Trataban de reinventarse cíclicamente y adoptar diferentes formas a medida que entendía cosas. Pero siempre quedaba esa incógnita...

Un día Leonor y yo salimos a pasear por un sendero, y un haz de luz dejó al descubierto su rostro bajo una pámela color carmín. Me detuve al instante y ella me miró levantando las cejas.

—¿Qué le ocurre a tu rostro? —le pregunté, sin dar crédito a lo que veía.

—Mi rostro... —dijo ella.

Su cara parecía haberse endurecido, y diversos pliegues, manchas y pequeños orificios se extendían por toda su piel, sus brazos, sus manos, sus hombros, su rostro... Este había acabado por deformarse, dejando únicamente el recuerdo de dos océanos turquesas, cubiertos por dos párpados caídos. Ella al completo había quedado atrapada entre una fina capa de ceniza. Surqué uno de los pliegues con un solo dedo, acaricié su rostro.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, tembloroso.

Entonces pensé que ella había enfermado y se había abstenido a decírmelo solo para no preocuparme. Para no involucrarme en sus pensamientos enmarañados, con tal de no saturar los míos.

—Deberías ir a ver a tu padre —me dijo—. Está enfermo.

Y cuando la oí rehusar mi pregunta, algo se desmoronó dentro de mí. Mi Leonor sufría de alguna enfermedad, quizás una tan grave como para apartarla de mi lado. Quizás la que contraía mi padre, según lo que insinuaba Leonor. Estaba tan centrada en no involucrarme que se pasó todo el trayecto de vuelta repitiéndome que se encontraba bien y que no quería que llamase a ningún médico. Reía de vez en cuando mientras negaba con la cabeza y tosía.

Ella era tan joven, tan lista, tan efímera...

15

Un paso atrás

Quise ver a mi padre cuanto antes. Corrí por la pradera sin detenerme, hasta que la camisa se me pegó al pecho debido al sudor. Al llegar a la entrada del pueblo me pasé la mano por la frente mojada y emprendí de nuevo mi camino. Llegué hasta el casco urbano jadeando. Toqué la puerta de mi antigua casa. Aguardé sobre el felpudo de la calle adoquinada. Aquel lugar provocaba en mí una nostalgia familiar que atravesaba mi pecho como una espada afilada y resplandeciente. ¿Por qué nadie me había avisado de aquella pavorosa enfermedad que había decidido adueñarse de mi familia? ¿Cuánto tardaría en alcanzarme a mí?

Toqué la puerta por segunda vez. Apoyé la oreja en la madera tratando de oír aunque fuera un simple tictaqueo proveniente del reloj de mi padre. Toqué la puerta por tercera vez. Hice visera con las manos y miré a través del cristal de la ventana. Parecía que no había nadie en casa. Opté por buscar la llave de repuesto, escondida en la segunda maceta a la derecha, cerca de la entrada, e irrumpir dentro de la casa. Vacía. El sol corriendo en mi contra, huyendo del cielo. Pasaría allí la noche y seguiría buscando a Sebastián al día siguiente. Recé por no inquietar a

Leonor, pues le prometí estar de vuelta esa misma tarde. A lo que ella me respondió con una sonrisa nostálgica, como si supiera que iba a romper mi promesa a causa de un contratiempo del que ella era consciente y yo no.

A la mañana siguiente caminé hasta la gran mansión, donde supe que se encontraría la madre de Leonor, y con suerte, Sebastián. Llamé a la puerta y nadie me abrió. Volví a llamar, y entonces una vocecilla me gritó desde el balcón de la casa vecina.

—¿Qué hace?

Un niño se asomaba por la ventana de la casa vecina.

—Vengo de visita —le respondí.

El crío miró hacia atrás durante unos instantes y luego soltó una carcajada.

—Entonces espere a que le reciba un fantasma.

—¿Cómo dices?

El chico se llevó la mano a la frente y resopló.

—Escuche —dijo elevando la voz—, mi madre me contó historias de cuando trabajaba para esa familia. A la señora que vivía allí se le llenó la piel de surcos y manchas muy feas. Llegó un día que incluso no podía ni moverse del dolor. Y entonces murió. Hace ya varios años.

Noté como el anillo de mi reloj me agarraba la piel cada vez con más fuerza.

—¡Eso es imposible! —le grité, fuera de mis casillas—. Acudió a mi boda hará poco más de dos meses.

El niño resopló.

—Tómese sus pastillas... —le escuché decir entre risas antes de que desapareciera en el interior de la casa vecina.

Aquel chiquillo me había gastado una broma cruel. Volví a llamar a la puerta desesperadamente, una y otra vez. Hasta que tuve que sentarme en el escalón de entrada y recobrar el aliento. ¿Por qué demonios estaba tan cansado?

Fue entonces cuando empecé a echar en falta un leve sonido, un relleno en el aire. Un reloj de caoba que repiqueteaba incesante. Fue entonces cuando salí corriendo en busca de Leonor.

¿Tú existes?

Muchas veces me pregunto si las personas realmente existen. Supongo que solo están compuestas por pequeños golpecitos que resuenan en su pecho. Aunque yo fuese el único que pudiera oírlos.

O al menos pensaba eso mientras corría desesperadamente en busca de mi casa, en busca de Leonor. Mis pasos se hundían en la hierba de la pradera y tenía la sensación de estar cayendo desde muy alto. De no saber desde dónde y desconocer el porqué. Ni siquiera llamé a la puerta. Entré de golpe a la casa, y encontré a Leonor sentada en el sofá, deleitándose con el canto de los pajarillos que revoloteaban bajo el sol de la tarde. Incluso bajo el manto entramado —ahora mucho más grueso— que cubría su rostro, pude ser testigo de su eterna belleza.

—Estás aquí —le dije esbozando una sonrisa y jadeando mientras apoyaba las manos sobre mis rodillas.

—No sé dónde esperabas encontrarme, si no es en este lugar —me dijo.

Observé sus ojos turquesas, todo un océano que ocultaba secretos que ni siquiera había tenido tiempo de descifrar.

—Pues... podrías estar en la sala del piano, o en el mercado, en la plaza, en el lago. Quién sabe.

Me pareció una respuesta de lo más coherente, aunque, por su expresión, dudé que ella la buscara.

—Oh... —rio y tosió—. Puede que antes sí pudiera deleitarme con nuestros paseos por el parque, pero me temo que ahora los árboles solo están adornados con mi voz rezagada en el pasado, querido Óliver.

Su voz temblorosa se evaporaba nada más salir de su garganta. Observé sus ojos y alterné mi mirada de su iris izquierdo a su iris derecho.

—¿Por qué ya no puedes pasear? —aquello fue un hilo de voz suspendido en el aire.

Volvió a reír débilmente ante mi cara de incredulidad.

—¿De verdad quieres que te responda a esa pregunta?

Aguardé a su respuesta, desplazando mi peso de una pierna a otra.

—Por supuesto que quieres que te conteste —suspiró nostálgica—. Muchas veces se me olvida aquello que me dijo tu padre cuando viniste a mi casa por primera vez. Eras un crío.

Mi respiración cesó y quedamos envueltos únicamente por el sonido de nuestros relojes. Claro que para ella era tan solo silencio. Espacio vacío.

—¿N... nos conocíamos antes de mi accidente? ¿Antes de aquella mañana en el hospital?

Quedó sonriente observando mis ojos con paciencia. Una paciencia que días atrás no había sido algo que la caracterizase. Le temblaba el labio y luchaba por mantener esa sonrisa torcida y desbarajustada.

—Sigo sin entender a qué te refieres con aquel accidente.

De nuevo ese sentimiento de agonía que no me atacaba desde hacía tiempo. Me moví lentamente hasta sentarme a su lado en el sofá. Quedé destrozado por ese sentimiento desconocido, que a pesar de eso tal vez fuese un viejo amigo.

—Yo tampoco lo sé —le respondí.

Ella me acariciaba el pelo con delicadeza.

—Mi padre nunca quiso decirme lo que le pasó a mi madre.

Leonor interrumpió su respiración pausada por unos instantes y se incorporó levemente. Dirigió una mirada destrozada hacia mis ojos suplicantes. Sus océanos turquesas se empaparon y sonrió derrotada, como si por fin hubiese logrado comprenderme, como si por fin pudiera caminar a mi vera sin pensamientos enmarañados y cabos sueltos.

—Con que era eso —dijo con su sonrisa torcida.

Me besó la frente con sus labios ahora descuidados y de un color pálido.

—El dichoso accidente... —susurró—. Muchas veces se me olvida que tú ves el mundo de manera diferente, Óliver, y que hay cosas que no puedes entender aunque te esfuerces en ello.

Quedamos en silencio observando a través de la ventana el vals de las hojas al caer desde la copa de los árboles.

—Te he estado esperando —dijo.

—Y yo te he estado buscando.

Melodía póstuma

Amanecí tumbado en el sofá. No vi a Leonor, así que supuse que se habría ido a la cama una vez me quedé dormido. Todo era como siempre había sido durante el tiempo que había vivido con ella: la luz del amanecer entrando por la ventana, los pájaros cantando, los geranios tan hermosos como siempre, las enredaderas saludándonos desde la ventana, el sonido de los relojes... su sonido. Todo era como siempre había sido, incluso antes de vivir con ella, excepto por un pequeño detalle: no la escuchaba tocar el piano. Y yo siempre la escuchaba tocar el piano por las mañanas, desde el día de mi accidente.

Caí al suelo tratando de levantarme del sofá apresuradamente. Me levanté con dificultad, sujetándome la espalda. Corrí patosamente hasta la habitación del piano. Mi reloj jadeaba con su tictac. Lo notaba más cansado que de costumbre. Me detuve para recuperar el aliento y seguí avanzando hasta la habitación. Me apoyé en la mesa, me agarré a la pared y volví a descansar solo a diez pasos del sofá. ¿Por qué estaba tan cansado?

Abrí la puerta de la sala de música. El piano destapado, la banqueta volcada y Leonor tendida en el suelo, con el pelo sobre la cara y un reloj sin cristal durmiendo sobre su pecho.

Después de eso recuerdo caer al suelo yo también, rendido junto a ella. Y tras estar intentando devolverle el color a su pelo con mis lágrimas, acabé tendiéndome, voluntaria o involuntariamente, a su lado. Acabé dejándome llevar. Acabé viendo las sombras crecer. Acabé recordando su cancioncita en el piano. Acabé cerrando los ojos e imaginando que paseaba junto a ella por el parque.

Acabé recordando el sonido póstumo de su reloj, latiendo como lo hacía antes de que ella enfermara.

Aunque el sonido se pierda

Conseguí luchar contra el peso de mis párpados cerrados. Poco a poco fui consciente de que seguía tendido en el suelo. Pero, para

entonces, mi vida no era mía, ni era de nadie. Ya no era vida siquiera. Aca-ricié con cuidado la superficie sobre la que me encontraba tumbado. Los cristales afilados silbaron, desgarrando las palmas de mis manos. Suspiré mientras observaba el cielo blanco sobre mi cabeza. Todo cándido. No mantuve ningún debate conmigo mismo sobre el significado de aquel color, pues había zanjado hacía mucho tiempo que este describía la tristeza.

Una vez conocí a un cisne color blanco. Profundamente blanco. Me contó que el tiempo es algo tan escurridizo y difuso que nadie lo entiende de igual manera. Que el tiempo es algo que se siente y que se escapa, nunca se queda. Pero está ahí, susurrándote algo al oído. Es un zumbido con el que solo puedes deleitarte si te quedas totalmente en silencio, quieto, sin mover ni un músculo.

¿Lo oyes ahora, Leonor?

Arrastré una montaña de cristales hacia un lado, aturdido, ayudándome de mi brazo. Y justo a mi lado, brillaba a la luz del tenue sol un fragmento de cristal, con una pegatina roja adherida a su superficie.

Una vez me encariñé de un cisne. Este mismo me contó que el cristal se desprende de los relojes cuando sus dueños abandonan la vida que anteriormente les había pertenecido. Sus manecillas se paralizan y pasan a ser agujas insignificantes sin función alguna, ni sonido. Quizás eran un tanto similares a las personas. Este mismo cisne del que hablo me dijo muchas más cosas, las cuales yo le enseñé sin siquiera percatarme de ello. Nadie es capaz de ignorar el tiempo. Él huye de nosotros, pero nosotros no podemos huir de él.

Nos toma de la mano temblorosamente desde el momento en el que abrimos los ojos por primera vez. Al principio puede que nos parezca que hemos despertado en un hospital tras haber sufrido un grave accidente. Puede que nos parezca que somos torpes al hablar, o que deberíamos tener todo el conocimiento a nuestro alcance. Pero quizás solo somos niños que andan perdidos entre gigantes con sombrero y paraguas. Puede parecernos que la vida no tiene sentido, o podemos asustarnos cuando alguien tiene percepciones distintas a las nuestras. Pero quizás solo somos adolescentes que intentan darle un sentido a eso que llaman vida. Podemos llegar a sentir el impulso de escribirle mil poemas a una persona,

y puede que tan solo seamos dos jóvenes enamorándose. Incluso pueden llegar a pedirnos matrimonio, y de alguna manera pensamos que somos demasiado jóvenes. Hay veces, de hecho, en las que puede llegar a impac-tarnos cómo todos nuestros conocidos envejecen, plagándose su rostro de arrugas y contagiándonoslas al nuestro. Pero quizás solo ha pasado el tiempo y no fuimos conscientes del sonido de ese reloj.

Pasé unos instantes tirado entre los cristales rotos. Desconocía si mi cuerpo seguía estando allí, o los afilados fragmentos de cristal lo habían descompuesto hasta acabar con el significado de la palabra existencia. Pero yo seguía mirando los cristales, con unos ojos que no me pertenecían y un cuerpo intangible. Restos de Leonor, restos míos, los de mis amigos, los de mis enemigos, conocidos, desconocidos, los de toda la sociedad, la humanidad, restos de todos y de todo. Ahora todos eran restos de nada. Ya no quedaba ningún Óliver tendido en el suelo. No quedaba siquiera un reloj sobre un pecho. Solo quedaban cristales. Y todos permanecerán allí, aunque el sonido de sus relojes se pierda.

Quizás aún no nos hemos dado cuenta de que llevamos relojes incrustados en el pecho.

EL ÚLTIMO VERANO DE SAM

Lucía Manrique Molina
Córdoba
RELATO 15-17 años

1.

Tú: Blanco belleza.

Cuando alcanzas verdaderamente el amor te das cuenta de lo que es, de que ese sentimiento que llevabas buscando toda la vida está delante de tus ojos, al alcance de tu tacto, como si un pequeño engranaje se moviera en tu cabeza y todo estuviera solucionado, como ese clic que hace que una bombilla se encienda. Eso creía antes de aquel verano en el que me mudé a la vieja casa de mis abuelos. Pasaron tantas cosas en ese corto periodo de tiempo que sentí que varios años habían transcurrido desde esa tarde de agosto.

La vi nada más llegar. Creo que ella no me vio a mí, que no se percató de que mis ojos no se despegaron de ella desde que un ínfimo vistazo de su silueta llegó a ellos. Su pelo era corto y liso y le llegaba por las orejas, dos mechones ligeramente más cortos cubrían los lados de su cara, con una complexión digna de una pintura renacentista en la que una diosa despreocupada mira al autor de la obra con aires coquetos. Tenía la boca ligeramente abierta y sus dientes se mostraban enmarcados por labios rosados con un prominente arco de cupido. Me fijé en muchas cosas, pero, sobre todo, en sus ojos oscuros y profundos, que parecían relajados hasta que vio el coche entrar a la propiedad en la que se paseaba con tan poca preocupación, tanta que el hogar tras esas ancianas paredes parecía ser suyo.

Al ver el vehículo salió despavorida, dejando entrever el vestido blanco que cubría su piel morena por el sol, antes cubierto por la maleza del jardín. Probablemente no me vio, pero, ¿y si lo hizo?

Conseguí atisbar, entre las malas hierbas y flores silvestres, que llevaba unas zapatillas gastadas por el tiempo, eran deportivas marrones, aunque no sabía si ese era su color o si el tiempo las había maltratado hasta que

llegaron a ese punto. Dudé de si, en algún momento, esas deportivas habían sido blancas.

—Ya hemos llegado.

Mi madre salió del coche con un aire tranquilo. Nuestra relación nunca había sido inseparable, ni la estereotípica situación de dominancia de madre sobre hija, se podía definir mejor como la de dos primas; relacionadas, pero independientes. Durante mi infancia no se preocupó especialmente por estrechar lazos de forma más profunda y yo no le daba razones para hacerlo. Lo único que cabe destacar sobre mi padre es que nunca estuvo presente.

Precisamente esa distante relación entre nosotras fue la que impulsó a mi madre a mudarnos a la casa que hace más de una década (poco después de que yo naciera) había sido de mis abuelos y hasta ahora se había mantenido vacía, casi fantasmal.

Cuando vivíamos en el diminuto piso que mi madre alquiló al huir del pueblo al que ahora volvíamos, apenas nos encontrábamos para desayunar o en alguna perezosa tarde de domingo en la que compartíamos sofá mientras leíamos o algún programa de la televisión que nos llamaba la atención.

El objetivo de nuestra mudanza era obligarnos a pasar más tiempo juntas, después de que mi madre consiguiera un contrato fijo a distancia en la revista en la que antes trabajaba de forma presencial. Sin embargo, ese nuevo puesto sonaba a que mi madre pasaría horas y horas frente a una pantalla.

La casa de mis abuelos era grande, con cierto aire a una casa de muñecas pero llena de maleza y musgo, rezumando vida aunque nadie habitara en ella. Un camino de piedra atravesaba el jardín que distintos arbustos y árboles secos cubrían. La visión de árboles secos y muertos provocaba una especie de escalofrío en lo más alto de mi columna vertebral. La naturaleza siempre había provocado fascinación en mí; morimos para volver a renacer y renacemos para volver a morir.

Por alguna razón, la silueta de esa chica volvió a mi mente. Casi involuntariamente, mis pensamientos sobre ella se escaparon de entre mis labios.

—Puede que no se haya alejado aún.

Mi madre me miró interrogativa, casi preocupada.

—¿Quién?

—La chica de antes, la del vestido blanco.

Levantó la cabeza pero continuó mirando al suelo, como si estuviera buscando algo en el fondo de su cabeza.

—Ah, no la he visto —diciendo esto, levantó sus hombros indiferente—. Ya irás a verla otro día, hay muchas familias que viven por esta zona, ¿no te parece un sitio precioso para vivir?

Ella siguió colocando las distintas cajas, sin prestarme mucha más atención. Sabía que mi madre decía cosas por decir, por engañarse y vivir en un mundo en el que somos una familia perfecta. Al fin y al cabo, mucha gente hace eso, eso de mentir y decir cosas que no sienten para llenar un huequito que les queda vacío en su vida, un agujerito que llenan con lo que desearían que ocurriera.

Ordené las pocas cosas que ahora tenía en una habitación de color blanco belleza.

El blanco belleza es un blanco impuro, un blanco con imperfecciones y bordes rotos. Un blanco manchado por los años. Un blanco histórico que te deja entrever un rastro de una vida anterior.

La mancha en la pared frente a mi cama era, en realidad, la muestra de que alguien había vivido allí anteriormente, una firma indirecta, como el latido del corazón invisible de la habitación que, por más que estuviera vacía, no carecía de vida.

El vestido de aquella chica era blanco belleza, sus zapatillas también, puede que incluso ella lo fuera.

Sentía cómo mis pensamientos me hacían divagar cada vez más, abstrayéndome al completo de la realidad. Era una mala costumbre que me dificultaba concentrarme. El simple acto de reflexionar, alojarme en mis pensamientos y dejarme llevar por ellos sin tener control alguno, como un vaivén de viento que me hacía volar por encima de todo lo que me ocurriera. La voz de mi madre llegó a mis oídos levemente desde el marco de la puerta, despertándome del trance.

—Sé que no es el mejor sitio, pero podemos ir adaptándonos poco a poco ¿No te parece?

Dejó una caja encima de la cama suavemente. Tenía la parte de arriba de la cabeza ligeramente manchada por pequeñas motas de polvo que habían creado una especie de copa nevada en su pelo oscuro; había entrado al sótano.

—Esto estaba abajo, échale un ojo. Tengo que contratar a alguien para que limpie ese viejo sótano, apesta y está lleno de polvo — dijo, volviendo a sus tareas de la mudanza. Mi madre no era el tipo de mujer que se agachaba para limpiar el suelo, reflejaba una especie de arrogancia desde que se graduó en la universidad, como si un título de periodismo te otorgara el caché para mirar mal a los que se dedicaban a barrer calles o casa ajenas. Por supuesto, por mucha arrogancia que demostrara, no nos podíamos permitir pagar a alguien para que nos hiciera la mudanza. Clásica y elegante hipocresía.

La misteriosa caja estaba llena de viejos pósteres, algunos de ellos eran de historietas, otros anuncios que parecían demasiado bonitos para ser meras estrategias de marketing. Al final de la caja encontré un pequeño tesoro, parecía la colección de fotos de famosos de una adolescente que habría vivido en la habitación que yo ahora ocupaba, la habitación de mi madre. Mi predecesora tenía un gusto un tanto peculiar. Sabía que la caja pertenecía a una chica, pues algunas de las fotografías tenían marcas de pintalabios, como si su amor fuera tan desesperado que no pudiera dejar que el espacio se interpusiera entre ella y sus amadas. Deduje que las fotografías estaban escondidas por esto último, porque las que estaban cubiertas por carmín rojo eran mujeres, porque su aire femenino y coqueto me hizo sentir también a mí incómoda, como si yo hubiera escondido las fotografías y las estuviera desvelando ahora con una gran culpa.

Escondí las fotos entre algunas revistas que había también en la caja, recordando el lugar donde lo hice.

Me di cuenta poco después de llegar a la casa de que tenía mucha más historia de la que pensaba, sin embargo, nunca pensé que sería tan fácil deducir y encontrar en ella la historia de esa chica que había dejado carmín en el papel que la delataba como culpable. ¿Sería realmente mi

madre la que escondió esos pósteres? La historia no encajaba para mí, no me parecía acorde al comportamiento que mi madre me había demostrado hasta ahora y, después de todo, no tendría sentido que ella me hubiera dado la caja, permitiéndome así descubrir su crimen: las revistas debían pertenecer a alguien más.

El segundo día mi madre debía ir al pueblo para hacer varias compras, además mencionó que quería conocer a las familias de la zona, pidiéndome incluso que la acompañara, probablemente para que formara parte de su ridículo teatro de familia modelo.

—Vamos, será divertido, he oído que hay un puñado de chavales por esta zona de tu misma edad.

Estaba a punto de aceptar su propuesta, después de todo iba a pasar una larga temporada viviendo allí, por lo que conocer gente de mi edad debía ser importante. Sin embargo, justo antes de que pudiera asentir y decidirme a acompañarla, cuando ya atravesaba el pasillo que unía la habitación con la entrada de la casa, un destello de carmín rojo hizo que mis ojos se detuvieran.

2.

Sam: Un gato pardo.

¿Puedes amar a alguien más de lo que te amas a ti mismo?

Mi vida no comenzó hasta que conocí a Dolly, o al menos eso creo. Nunca fui capaz de amar a alguien como la amé y, sin embargo, nunca tuve el corazón y las entrañas para de verdad admitir que todo en mi vida se había puesto en su sitio desde que ella apareció.

Desde pequeña, cuando mis padres y yo nos mudamos al pueblo, había estado completamente sola hasta que la conocí. Dolly daba paseos por el lago que había junto a la casa de campo, la casa de campo en la que yo me escondía los días en los que mi entorno era demasiado abrumador para mí. Era mejor llamarle casa a esa cabaña abandonada que a lo que verdaderamente era mi hogar. Había oído hablar de una pareja de ancianos que murió años antes en esa casa dejándola vacía, sin aparentes herederos que la ocuparan.

Pasaba allí la mayoría de las tardes, jugando a vivir sola, a alejarme del hostil sitio donde pasaba mis noches. Decía a mis padres que iba a la biblioteca a estudiar. Nunca tuve a mi familia cerca de mi corazón. Para mí, Dolly era toda la familia que necesitaba, aunque desde que la conocí supe que no sería como una hermana para mí. Lo que sentía por ella era distinto.

Cuando hablamos por primera vez, Dolly estaba buscando piedras preciosas en la orilla del río.

—¿Qué miras?

Me sorprendió la soltura con la que lo dijo, casi acusándome de estar espiándola. Irremediablemente, las dos soltamos una carcajada.

A partir de ese momento nos veíamos a diario, casi siempre en el río, para quejarnos sobre lo incomprensibles que éramos y charlar sobre todo y nada. Nos bañábamos en él por la noche en verano y colgábamos nuestros pies sobre las rocas más altas mientras mirábamos las estrellas. En invierno buscábamos calor dentro de la casa de campo, viendo viejas películas que la pareja de ancianos tenía en su colección de VHS, tapándonos con mantas de lana y compartiendo nuestro calor. A veces paseábamos por el pueblo, pero entonces no hablábamos, no nos lo permitíamos.

Aún recuerdo una noche en la que andábamos juntas a la vera del río. Ella se balanceaba al andar sobre grandes piedras y yo la mantenía en pie, agarrando su mano, una mano con piel tan suave que me provocaba una sacudida en el interior de mi garganta, haciendo que mariposas la atravesaran.

—Cuéntame otra vez esa historia, la del gato, antes no la terminaste.

Le había prometido que la terminaría la noche anterior, con esperanzas de que lo olvidaría.

—Es cierto, ¿por dónde me quedé?

—Mencionaste un gato.

—Bien, bien. Había una vez un gato pardo, tan oscuro como el cielo ahora.

Miré hacia arriba y le ayudé a bajar de las piedras, tratando de que no se hiciera daño, ya que ella estaba demasiado interesada en la historia que le estaba contando para fijarse en dónde ponía los pies.

—¡Sigue!

—El gato vivía en mi casa, en la mansión cercana al río. Le tenía miedo a la luz del sol, al cantar de los pájaros, al ruido del agua... Nunca había salido de la casa y temía que algo le hiciera daño o que simplemente algo saliera mal.

Clavó sus ojos en mí, sorprendida, pero a la vez intrigada, demandando que continuara. Nos habíamos sentado en la piedra más grande de la zona, con los pies suspendidos sobre cristalina agua. Estaba sentada a mi izquierda y uno de sus muslos, todavía húmedo por el dulce agua del río, estaba sobre el mío para poder mirarme directamente.

—Todos los días, ya caída la noche y con todo en silencio, el gato se escondía en el sótano de la casa, evitando la luz que pudiera colarse por las ventanas, incapaz de afrontar sus miedos. Por las noches, el gato pensaba en huir de allí, pensando que debía existir algún lugar sin luz que le hiriera, sin canto de ruiseñores y sin las miles de amenazas que imaginaba.

Llevaba un rato con mi mano en la suya, pero no se sentía como algo especial, era como si su mano estuviera hecha para contener la mía, un gesto tan automático que incluso se convertía en una rutina para nosotras.

—¿Logró salir de allí?

—Por supuesto que no, los animales se guían por instintos, sentimientos. No piensan de forma racional.

Dolly sacudió la cabeza, apartando su mirada de mí y fijándola en el suelo. Balbuceó molesta:

—Después de todo, la curiosidad mató al gato.

Sonré y la miré vacilante, sabiendo que había planeado esto antes.

—Yo pienso que es el miedo a enfrentarse a lo desconocido lo que lo mantiene muerto. Después de todo, vivir con miedo es lo mismo que morir a diario.

Miró a la luna y vi como sus ojos la reflejaban, unos ojos tan dulces como el ruido del riachuelo, el único testigo de nuestro amor.

3.

Tú: El cisne carmín y cartas para nadie.

—Lo siento, sigo cansada del viaje. Podemos ir otro día, ¿verdad?

Esperaba ansiosa mientras que mi madre se preparaba para irse, sabía que le habría gustado que la acompañara pero estaba cegada por el rojo del pintalabios. Debía seguir el rastro que me daría a conocer su historia, la de aquella chica con la que poco a poco iba empatizando más y más, aquella chica que parecía estar tan lejos pero a la vez tan cerca de mí. Cuando por fin se fue y quedé sola, corrí hacia donde lo había visto, el lavabo.

No sabía si lo que hacía estaba bien, técnicamente, esa casa no era mía, pero, ¿había sido de alguien en algún momento?, ¿había sido suya?

El lugar donde había encontrado el arma del crimen era un pequeño cuarto de baño que tenía la puerta atascada, dejando entrever solo una pequeña fracción del espejo que se encontraba en la pared de este. Al encender las luces parpadearon levemente.

Para mi sorpresa, descubrí que esa diminuta habitación era lo mejor conservado de la casa. Aparentaba haber sido usado tan solo unos días antes de que nosotras llegáramos. El espejo estaba un poco estropeado y tenía manchas restregadas en su superficie, parecía que alguien las había hecho para formar una especie de dibujo. Me costó verlo, pero al torcer mi cabeza un poco y limpiar suavemente la capa de polvo que lo cubría, lo vi. Vi al cisne hecho con carmín rojo que se debilitaba hasta volverse del color de un lirio rosáceo.

Puse mis huellas sobre la débil marca de dedos que había en las plumas, sobre los suyos. Los deslicé imitando los movimientos que ella había hecho anteriormente, por un momento sentí el calor de su piel con la mía, por un momento me sentí como si estuviera tocando a alguien que ya llevaba conociendo mucho tiempo. Esa casa no era mía, era suya, pero sentía que ahora me dejaba una parte de ella para disfrutarla.

Cuando despegué los dedos del espejo, noté una pequeña sacudida. Poco a poco rocé los bordes buscando una apertura por la que podría abrir una tapa que me dejara entrever el interior de esa caja de

secretos, en ese momento no había nada más en mi cabeza que no fuera dar con el núcleo de esta historia incompleta.

Ahí, detrás del cisne rosado, en un armarito que no era escenario para un espectáculo tan hermoso, encontré la obra del crimen, el arma de su pecado. Su envoltorio era blanco con pequeñas decoraciones doradas, formas casi perfectas pero tan diminutas que parecía imposible que tal detalle fuera real. Se notaba la inspiración de la naturaleza en esas formas, dando la impresión de que unos finos duendes lo habían confeccionado. Al girar lo que parecía una columna romana en la base se revelaba el tan buscado lápiz rojo, recto cual soldado romano.

Me miré en el espejo, ¿cómo de bella sería aquella chica? Envolví el pintalabios en mi puño y atasqué la puerta del baño de nuevo, ocultando esa habitación para que mi madre no la encontrara.

Decidí guardarlo en el cajón del tocador (blanco belleza) de la habitación. En él se encontraban baratijas propias de una chica adolescente: polvos traslúcidos del color de la leche, lápices de colores para los ojos, y una infinidad de sombras de ojos, todas ellas ordenadas por colores perfectamente. Me di cuenta de que no había más pintalabios, solo existía el bello soldado carmín.

En el segundo cajón, sin embargo, encontré algo que me llamó mucho más la atención, algo que me revolvió la garganta y que me hizo interesarme todavía más por esa chica, esa chica sin nombre que no había conocido nunca. Sentí algo tan extraño, como si todo aquello fuera algo mío que había perdido hace tiempo y que ahora estaba encontrando, rememorando una época lejana.

Había dos cajas relativamente pequeñas, una de ellas contenía numerosas fotografías, fotografías de ella, la chica del vestido blanco que había visto al llegar a la casa el día anterior, con sus mofletes redondos y apetecibles, con ese lunar que tenía sobre su piel canela. No en todas las fotografías llevaba el vestido blanco, pero para mí ya era una parte de ella. Una parte de la versión de ella que tenía en mi cabeza.

En la primera de las fotos también había escrito con un bolígrafo de tinta roja “Planos de Dolly”. Las fotos tenían una pequeña fecha en la parte de atrás, la más nueva había sido tomada hacía un mes.

Un mes. La chica había vivido aquí hace solo un mes. Mi percepción cambió totalmente y un pequeño mareo hizo que necesitara sentarme. La chica que había estado investigando ya no era una mujer que nunca llegaría a conocer, era alguien. Era una joven, muy posiblemente de mi edad. Comencé a sentirme tan culpable, a sentirme como si hubiera entrado en una tumba vacía y me hubiera enterrado en ella, haciéndome un espacio entre los huesos.

Cuando se me pasó la conmoción tomé una cámara que había entre las fotos, una instantánea. Abrí la siguiente caja. Eran cartas, pero no cualquier tipo de carta, eran cartas de amor, firmadas por Sam y dirigidas a Dolly. Aún no sabía la identidad tras esos nombres, sin embargo, al abrir la primera carta me sentí ligada a ellas inmensamente.

“Querida Dolly.

Me haces tan feliz.

Sé que a veces cuando estamos juntas no te miro, o no te sonrío, y piensas mal de mí, sin embargo quiero que sepas que en este mundo de podridos y abusadores eres la única persona que me hace tan feliz. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, quiero crecer contigo, quiero levantarme y que lo primero que mis pupilas adoren sea tu sonrisa.

Quizás podríamos ir a dibujar juntas un día al río, aunque tú dibujas mucho mejor que yo. Acabaría distraída mirándote y no podría continuar, no quiero que pienses que te veo como un mero objeto. Aprecio tu belleza en cada momento que tengo como si fuera la última vez que mis ojos tendrán ocasión de posarse sobre tu carne. Algún día tendré la valentía para decirte todo esto a la cara, créeme.”

Esta carta se encontraba envuelta cuidadosamente en un sobre amarillento, con flores secas en su interior, estaba preparada para ser mandada, sin ser fiel a su destino. Todas esas cartas fueron cartas que no cumplieron su prometida función.

Al parecer Sam había guardado todas esas cartas, puede que pensara mandarlas en algún momento o puede que simplemente fuera algo privado, algo que no quería que nadie viera.

En el fondo del cajón había una carta sin acabar, esta no tenía sobre, era un simple papel semi—arrugado y manchado, no tenía flores secas ni ornamentación alguna.

“Mi amada Dolly.

¿Piensas en la muerte a menudo?

Últimamente es lo único que pienso, con quién quiero morir. La primera persona en la que pensé eras tú, pero malgastar tu vida por mí sería increíblemente egoísta ¿No lo piensas? No vale la pena, ni vale la pena hablarte de mis intenciones.

He huido de mi casa, sé que me encontrarás pronto pero cuando lo hagas ya será demasiado tarde. Por favor, piensa en ti misma, en mantenerte firme aunque te hagan daño, en no dejarte llevar por lo que dirán. En vivir.

Soy muy débil, mi Lola. Soy capaz de ver a mi propia familia odiarme, pero verte negarme frente al resto me ha roto, me ha desgarrado y ha eliminado la poca paz que quedaba en mi vida.

Té quiero.

Por favor, no dejes que la curiosidad me mate, vive con el recuerdo que tienes de mí, déjame pervivir en tu mente...”

El resto de la carta estaba en tan mal estado que era imposible leerla. Lágrimas tintadas de rosa por la tinta rojiza habían caído como una lluvia angelical y dolorosa, manchándola. Al final, se leía, forzando mucho los ojos, “No es tu culpa, mi Dolly.”

En la parte de atrás de la carta había un gato dibujado, no estaba hecho a la perfección, era simplemente un garabato de un gato, descansando con una gran sonrisa bajo la luz de un sol brillante.

4.

Sam: La idea equivocada.

Recuerdo fugazmente la última vez que Dolly y yo nos vimos, apenas varios días después de esa noche en la que le hablé de un gato tan oscuro como sus ojos.

—Mis padres no quieren que nos veamos tan seguido. Nos vieron llegar juntas el otro día de la mano.

Cuando me dijo eso mi corazón se hundió, sin saber qué contestar o qué palabras buscar para hacerle entender que no era capaz de vivir sin ella. Era tarde de nuevo y estábamos en la azotea de una casa abandonada del pueblo en la que ya habíamos estado miles de veces. Mirando al horizonte y hablando de libros, reflexiones, o de lo que se nos pasara por la cabeza.

—¿Crees que es fácil para mí?

Dolly puso sus ojos sobre mí, extrañada por la agresividad que acababa de demostrar. Le oculté mis ojos, que se llenaban poco a poco de lágrimas hasta no permitirme ver.

—¿A qué te refieres?

El viento hizo un especial esfuerzo por demostrar el poder que tenía, obligando a Dolly a acercarse a mí aunque mi enfado no me permitiera abrirme a su tacto. Hacía frío y el viento nos apartaba el pelo de la cara.

—Todos los días vuelvo tarde a casa por ti. Mi padre me pregunta por qué paso tanto tiempo sola y miento por ti, miento para mantenerte cerca de mí, porque me ruegas que lo mantenga en secreto. Cuando descubrió lo que de verdad hacía...

Le mostré mi muñeca de nuevo, marcada por manchas moradas. Marcas que había recibido para poder seguir viéndola, marcas que había recibido por no tener miedo a demostrarle lo que de verdad sentía por ella.

—Yo no voy a mentirle a mis padres, no quiero que...

—¿Tan poco te importa esto?

—Sam, no es justo que hagas esto.

Miró al suelo, por lo menos a quince metros bajo nosotras. Cuando miré de reojo pude ver que su expresión no era de tristeza, tenía la mirada fija y su expresión denotaba indiferencia, con leves notas de estar cansada de mí.

—Termina la frase, ¿no vas a mentirle a tus padres por mí?

—No quiero que los del pueblo se lleven una idea equivocada, así es mejor para ti también, no habrá más represalias de tu padre, ¿no?

Fue como si mi alma se hubiera partido en mil pedazos y todos ellos se hubieran esparcido por el aire, nublando mi visión y haciendo que mil lágrimas trataran de salir de mis ojos, pidiéndome a gritos que las dejara brotar. No existía la idea equivocada, y ambas lo sabíamos.

—Sam, me mantengo callada por atesorar esto que tenemos, por hacer que siga siendo nuestro, si alguien se entera... En el pueblo ya se habla mal de ti y si mis padres se enteran...

—He dejado de lado el poco amor que tenía por mi familia para estar contigo, pero si así lo deseas, perderé todo lo que me queda.

Me aparté del borde, alejándome de ella, y aunque creía que en algún momento me giraría para buscar su mirada cálida e inocente de nuevo, no lo hice.

5.

Tú: ¿Quién eres sin ella?

Cuando me desperté, después de haberme pasado la noche entre lágrimas, mi madre ya estaba en casa. Supuse que había llegado esta mañana. No era la primera vez que pasaba la noche fuera sin avisarme.

Bajé a la cocina cansada, poco a poco recordando todo lo que ocurrió el día anterior.

—Buenos días cariño, perdón por llegar tan tarde.

Hablaba por teléfono. Cuando se dirigía a mí, cubría el auricular y su expresión cambiaba a una más dulce.

—¿No hay nada que hacer? ¿No podéis mandar una furgoneta antes de la semana que viene? Le estoy diciendo que el olor es insoportable, no puedo simplemente entrar a limpiar yo... Sí, sé perfectamente que estamos alejadas de la capital, pero eso no es excusa...

Ella seguía hablando pero yo no le presté mucha atención, la ventana de la cocina daba a un río con piedras que lo rodeaban al completo. En las aguas cristalinas se reflejaba el sol recién nacido y daba la sensación de que millones de hadas flotaban en cada uno de los reflejos destellantes. Alrededor había hierba alta, pero en una zona no había nada, solo tierra semimojada.

—¡Váyase usted a la mierda, no voy a poner ambientadores en el pasillo!

Mi madre seguía gritando al teléfono, pero yo tenía la vista fija en la ventana.

Al lado de las aguas había una chica, la del vestido blanco. No quería parecer desesperada o neurótica. La miré de reojo mientras que escuchaba a mi madre. Secretamente estaba teniendo una especie de ataque de pánico ¿Debería contarle lo que había encontrado? ¿Podría ayudarme a encontrar a Sam? No me di cuenta de que probablemente debía ser yo la que le ayudara a encontrarla.

—De acuerdo, de acuerdo, en dos días. Sí, seré más amable con los que vengan, discúlpeme.

Mi sujeto de estudio buscaba algo en la tierra, hacía movimientos graciosos, cavaba con sus manos en cuclillas y cuando las pequeñas olas del riachuelo se la intentaban llevar daba pequeños saltos como si sus piernas fueran las de una rana. Se lavó una de sus manos con el agua y deslizó uno de sus mechones detrás de su oreja. Sus gestos eran tan interesantes que una pequeña risa se escapó de mis labios, sobresaltando a mi madre, que acababa de acabar su llamada.

—¿Qué estás mirando?

Giré mi cabeza hacia la otra ventana, que daba a la frondosa entrada a un bosque, para distraerla, acto seguido, la señalé con la barbilla.

—Tienes que empezar a trabajar en la concentración, las clases empiezan dentro de poco y no quiero que te pases las horas en tus mundos.

Suspiró y se levantó de la silla de la cocina con un aire cansado, poco a poco se dirigió hacia el fregadero de la cocina, repleto ya de platos, dejó la taza de té medio acabado sobre la encimera y comenzó a frotar un precioso cuchillo de plata con una vieja esponja. Continuó su monólogo.

—Tendrás que atender tú a los de la limpieza, voy a pasar unos cuantos días fuera, la revista necesita que se haga una entrevista y no hay nadie más disponible, después de todo es verano... ¡Maldita sea, me he cortado!

Rápidamente, soltó el cuchillo de nuevo en el fregadero y, sujetando su dedo, ahora teñido de rojo, con fuerza, desapareció por el pasillo

que unía los dormitorios. Definitivamente no estaba hecha para ser ama de casa.

Me acerqué a la ventana, dudando de si lo que hacía estaba bien. La chica (según las fotos del tocador, Dolly) se levantó con algo en la mano, un cristal reluciente. Esperaba silenciosamente que volviera la cabeza hacia mí y que nuestras miradas se encontraran, quizás me entendería con ese simple gesto, o quizás sonaría ese pequeño clic que enciende una bombilla.

La casa de campo tenía una puerta trasera en la cocina que daba a un porche no mucho más lejos de donde Dolly estaba. Me abrí paso entre el olor a revista antigua y a humo de tabaco que había dejado en la sala mi madre, caminando lentamente hacia lo que esperaba que fuera un cambio revelador que me abriera una puerta hacia algo dentro de mí.

Eso pensaba.

—Oye, ¿eres Dolly?

Ella se giró rápidamente, soltando el cristal que tenía en la mano y haciendo una mueca de sorpresa que me paró el corazón como un reloj toca las doce en punto. Se levantó y, por unos segundos, sus ojos de chocolate entraron a mi alma, buscando una explicación. Después rompió todas mis expectativas en pequeños pedazos, salió huyendo, dejándome con la palabra en la garganta. Pude entrever lágrimas que volaban de sus ojos al correr.

Después de todo lo sucedido me paré a pensar racionalmente por primera vez. No, la chica no me debía nada, no me debía explicaciones ni me debía una charla, ni siquiera me debía una mirada pero había hecho el bonito gesto de otorgármela. Me di cuenta de que todo el mundo de fantasía en el que había estado viviendo aquellos días era ridículo. Haría caso a mi madre y comenzaría a vivir en la realidad, pero, aun así, seguía esperando una señal que me permitiera permanecer en esa fantasía un poco más.

Por alguna razón, mientras volvía a casa una lágrima surcó mi mejilla, pero en ningún momento me giré a buscar los ojos profundos de esa chica.

6.

Dolly: Impostor.

Desde que Sam desapareció, una pequeña parte de mí desapareció con ella, como si todos los recuerdos que compartimos se cubrieran ahora con una capa de humo que solo me dejara entrever sus ojos. Puede que todas esas experiencias hubieran sido solo algo que mi mente creó, mi mente no podía asumir el pensamiento de que mi Sam hubiera desaparecido así, sin dejar rastro alguno, sin avisarme. Puede que mi Sam nunca hubiera existido y que solo existiera Sam.

Me habría gustado besarla aunque hubiera sido solo una vez, de esa forma, seguro que mi mente habría guardado ese recuerdo, permitiéndome así revivir ese momento otra vez. Quería vivirlo otra vez, quería sentirlo todo de nuevo, ese escalofrío que sientes cuando te mira y tú la miras a ella, en ese abismo de varios segundos en los que sientes que vuestras almas están conectadas completamente.

Si hubiera podido lo habría cambiado todo. Solo pensaba en eso, en cómo me arrepentía de no haber hecho lo que mi corazón me pedía.

Cerraba los ojos e intentaba imaginarme, frente a mí, a mi Sam. La veía erguida frente a mí, mirándome directamente a los ojos con esa sonrisa que tenía siempre, como si estuviera enamorada pero no de mí, si no de la situación en la que estábamos. Intentaba alcanzarla, pero por más que corría no llegaba a ella. Saltaba y lloraba, arañando el aire como si este fuera el culpable de esta distancia que me desgastaba poco a poco, sabía que no había verdadero culpable, aunque me echaba la culpa en cada ocasión que tenía. Me prometí a mí misma que encontraría a Sam y la haría mía.

Desde que desapareció, pasé todos los días en el jardín de la casa a la que se exilió silenciosamente, esperando con anhelo que volviera. Un pequeño bosque crecía sobre las paredes de la casa de campo desde que la primavera había llegado a su fin. Nunca entré después de que Sam desapareciera, no me atrevía a enfrentar los sentimientos de mi interior.

Cuando finalmente me decidí a entrar a su casa, un coche irrumpió en el precioso jardín que Sam había cuidado con tanto cariño.

¿Quién se atrevía a alterar el último recuerdo de ella que me quedaba? Pronto descubrí, gracias a la gente del pueblo y sus rápidas lenguas, que se trataba de una chica de mi edad y de una mujer joven de la que no se hablaba precisamente bien. Al parecer había crecido aquí. Así, mi odio por ellas comenzó a crecer. Por eso, cuando la chica irrumpió en mi vida no supe cómo actuar, qué hacer: me quedé en blanco.

—Oye, ¿eres Dolly?

No me llamo Dolly, pero para Sam yo era su muñeca, su Dolly. No sé si alguna vez pude ser la persona que ella quería que yo fuera, puede que nunca le llenara. Yo me llamaba Lola, pero a veces quería poder ser Dolly todos los días y en todo momento.

Esa chica había irrumpido en mi vida de la nada, había reclamado su puesto como la nueva Sam, usando también ese apodo cariñoso que solo ella conocía ¿Cómo sabía quién era yo, de todas maneras? Solo con decir el nombre que tanto anhelaba oír de nuevo, unas lágrimas brotaron de mis ojos, unas gotas que buscaban a mi amada, intentando atravesar un muro invisible.

Mientras corría, un extraño sentimiento de culpa me inundó el corazón, sentía que estaba huyendo de Sam y no de una extraña que se había apoderado de su lugar, puede que esa chica fuera una nueva oportunidad de encontrarla, incluso puede que ella supiera algo sobre su paradero. Ella vivía ahora en su casa, por lo que debía saber algo. Había algo en mí que me pedía que volviera a ella. Sentí que huía de lo que tanto había perseguido, que el último pétalo de la margarita que estaba deshojando salía volando con una brisa otoñal, distinta a la primaveral que sopló el primero.

Esa noche soñé con mi querida Sam, en cómo la estrecharía entre mis brazos si pudiera, en sus ojos que me miraban esperando a que hiciera algo, a que me decidiera por fin a besarla. Justo antes de despertarme, reparé en que no era Sam la que me abrazaba, sino esa extraña chica que había tomado su lugar.

Por eso no me lo pensé dos veces cuando decidí llamar a la puerta que enmarcaba ese jardín, el bosque en miniatura que rodeaba el templo donde mi musa un día desapareció.

Sin embargo, no obtuve respuesta alguna. no me atrevía a entrar, a volver a encontrar recuerdos y el olor de mi chica; no usaba el posesivo porque fuera mía, sino porque desde que se fue, mi alma y cuerpo vivían buscándola, intentando encontrar una parte de mí que se perdió. Yo era suya.

No había rastro alguno de Sam, sólo un vacío en el que ella había estado anteriormente. Una de las ventanas estaba abierta, y aunque sabía que entrar en la ahora ocupada casa de campo no iba a devolverme a Sam, era mi última oportunidad.

Me impulsé, atravesando la ventana como si de una insignificante piedra en el camino se tratara, todo el suelo estaba impregnado de una fina capa de polvo y numerosas cajas se extendían alrededor de las esquinas y cercanas a los pocos muebles que quedaban. Me la imaginaba en esos pasillos, pero sobre todo recordaba cuando, hundidas en el sofá, juntas, reíamos con las antiguas películas que pudieramos encontrar. Hubo un tiempo en el que nos dedicamos a ver películas francesas y a imaginar lo que decían. Por supuesto, era una desventaja que Sam supiera francés y que yo no tuviera ni idea, pero con ella cualquier tontería era divertida, romántica incluso. Sam transformaba los días pesados en caricias y sonrisas.

Siempre que no estaba con ella, estaba sola, decía que siempre lo estuvo y que así seguiría. Se fue sola y no hubo nada que yo pudiera haber hecho que hubiera servido para que se quedara o para que me dejara acompañarla, o al menos eso pensaba. Al descubrir las cartas me di cuenta de que siempre hubo una oportunidad de hacérselo saber, de mantenerla conmigo.

7.

Tú: Contacto.

Cuando me fui a dormir deseando una señal, no esperaba encontrarla esperándome al día siguiente en mi nuevo cuarto, hurgando entre cajones y vestida de blanco.

—¿Hola?

Al pronunciar esas palabras me miró como si la casa fuera suya, como si me hubiera adentrado en su corazón y le hubiera dado la vuelta, sacando todo su interior. Me quedé petrificada, sin saber cómo reaccionar, después de todo, el contenido de todos esos cajones era más suyo que mío.

—Hola.

—¿Eres Dolly?

Volvió a posar sus ojos de color del chocolate en mí, de arriba a abajo y hacia arriba otra vez, buscando la respuesta a una pregunta que todavía no había hecho.

—¿Has leído las cartas de Sam?

No sabía cómo responder a esa pregunta ¿Valía la pena mentir?

—Algunas, las que he podido encontrar.

Las emociones de sus ojos cambiaron drásticamente, si fuera una caricatura su piel se habría teñido de un tono rojizo como la sangre que ahora le hervía.

—¿Qué derecho tienes tú de leerlas antes que yo?

No sabía qué responder, qué palabras necesitaba para convencerla de que mi intención nunca fue meramente cotillear, sino la de descubrir el secreto que esa casa guardaba para mí, si es que alguna vez fue para mí. Puede que, al principio, sí que buscara tan solo un simple entretenimiento, pero ahora sentía una profunda conexión con ellas.

—¿Sabes dónde está?

Formuló la oración como una pregunta, pero sus ojos me decían que estaba a punto de estrangularme si no le decía exactamente dónde estaba la chica a la que buscaba. No pude responder, solo mover mi cabeza en un gesto de negación. Intenté sacar de mi interior las palabras más consideradas que pude encontrar.

—Tendremos que averiguarlo juntas.

Supongo que en ese momento Dolly tenía en mente tres cosas: la primera, unas inmensas ganas de hacer que me arrepintiera de lo que acababa de decir, la segunda, mi insolencia al ofrecerme voluntaria para ayudarle a buscar a Sam, la última, las ganas que tenía de volver a ver a su chica.

No iba a desperdiciar la oportunidad de conocer toda la historia, necesitaba comprender qué había pasado. Yo también quería saber del paradero de Sam, aunque solo la conociera a través de un cristal exterior que me permitía ver solo el pedazo de la vida que la protagonista me había dejado ver.

—Las cartas... No apuntan a nada bueno.

Lo dije sin estar muy convencida, buscando una reacción.

—¡No está muerta!

La obtuve instantáneamente, naturalmente. Se levantó con rapidez frunciendo el ceño y mostrándose violenta, como un perro protegiendo lo que siempre ha sido suyo. Sus ojos oscuros ahora abiertos de par en par. Le respondí bajando la mirada, no me atrevía a mantener el contacto visual.

—No he dicho eso.

Bajó los ojos y con ellos las manos, relajando así su expresión.

—Me lo habría dicho antes de hacerlo.

—¿Decírtelo como te dijo todo lo que sentía por ti?

—¡No la conoces!

—¿Tú sí?

Me estaba dejando llevar por la adrenalina, por el vínculo que había desarrollado al habitar donde Sam lo había hecho esos días. Una parte de mí se sentía realmente ofendida.

—La conocí todo lo que me permitió —hizo una pausa, vi como los ojos se le humedecían, sin dejar salir lágrima alguna—, pero nunca me dejó verla llorar, nunca la vi derrumbarse y nunca me demostró lo que sentía verdaderamente.

—Debes buscar de nuevo, tiene que haber algo más.

—Llevo haciéndolo tanto tiempo, no te lo imaginas.

Dejé a Dolly quedarse en el cuarto, releendo por horas todas las cartas que había en la habitación y buscando entre los pocos recuerdos que quedaban. Cuando volví a comprobar que no había saltado otra ventana para escapar, me la encontré tumbada en el suelo con fotos entre las manos, lágrimas en las mejillas y los ojos cerrados con una expresión de paz. No cuestioné que se quedara durmiendo cuando la metí en mi cama,

ni tampoco lo hice cuando se sirvió el desayuno conmigo a la mañana siguiente.

—¿Esta casa es tuya?

Le servía una tostada con mantequilla cuando me preguntó esto. Llevaba otra vez su vestido blanco, pero ahora su pelo estaba ligeramente más despeinado y su mirada más relajada; había bajado la guardia.

—Era de mis abuelos, murieron hace años.

—¿Vives aquí sola?

Mantuve el silencio durante unos instantes mientras oía el sonido de los pájaros cerca de la ventana de la cocina. Al dirigir mi mirada hacia el fregadero vi la taza de café medio vacía y el todavía sangriento cuchillo con el que mi madre se había cortado el dedo horas antes de irse. Por supuesto, no lo había limpiado.

—No. Bueno, estaré sola unos días, pero mi madre vive conmigo. Creció aquí, pero creo que hubo un problema o algo así, algo relacionado con su embarazo supongo. No estaba casada cuando pasó, y no le sentó bien a mis abuelos.

Otro silencio, esta vez por su parte. Mordía la tostada con sus dientes redondeados. Detrás de esos ojos aparentemente inocentes sabía que pensaba en algo en concreto.

—El pueblo no es un sitio socialmente abierto, eso desde luego.

—¿A qué te refieres?

Sabía que esa pregunta le había afectado, miró hacia otro lado y dejó la tostada en el plato, posó sus manos sobre su regazo y dirigió de nuevo su mirada a mí.

—Bueno, supongo que se puede explicar como vivir en una caja de cristal, sintiendo que todos te observan, obligándote a vivir en cualquier sombra que encuentres. Para Sam y para mí esa sombra eran esta casa y el río.

—¿Quieres decir que se fue por mi culpa?

—No, desde luego que no... No fue por eso —paró bruscamente durante varios segundos y sus ojos se iluminaron—. Se fue buscando un lugar donde la luz no le hiciera daño.

—¿Buenas?

Se oyeron gritos desde la puerta, con el movimiento de los últimos días había olvidado que los de la limpieza iban a venir ese día. Me levanté de la mesa para abrir la puerta, sin fijarme en la expresión pálida de Dolly.

—Buenas pequeña, nos han contado que tenéis un problemilla con el olor de vuestro sótano, ¿verdad? —El gigantesco hombre que decía esto me revolvió el pelo mientras que otro más, de su misma estatura, se abrió paso por mi salón y bajó al sótano. Aparentemente, mi madre ya les había indicado lo necesario en su cordial llamada.

—Veamos, no parece que haya nada fuera de lugar, solo un poco de polvo...

Hubo una pausa larga, más incómoda de lo normal. Después se oyeron pasos lentos. El que estaba a mi lado giró la cabeza preocupado, mirando ahora las escaleras que llevaban al sótano.

—¿Todo bien ahí abajo?

—Llama a una ambulancia, o la policía.

8.

Dolly: No siempre hay un adiós.

Es raro levantarse y saber que todo sigue mal, que tus problemas no se han ido a ninguna parte mágicamente, que no se han evaporado al dormir. Sentir la ola que te golpea la frente al darte cuenta de que todo sigue exactamente igual.

En su funeral hubo gente que la odiaba; entre ellos su padre. También hubo gente que no la conocía; la intrusa y su madre. Frente a la tumba, regando con lágrimas pesadas las flores que había frente a la lápida, se encontraba la mujer a la que prometió amar. Yo misma.

Juraría que vi un gato paseándose por el cementerio pero no indagué para descubrirlo, ella misma me demostró que la curiosidad, realmente, mata al gato, o por lo menos su recuerdo, la parte de él que vive tras su muerte.

Puede que Sam no muriera realmente hasta que la descubrimos, que una parte de ella hubiera seguido respirando, esperando a verme por

última vez. Recordé lo que me decía en su última carta; “Vive con el recuerdo que tienes de mí, déjame pervivir en tu mente”. Sam seguía allí, en esas cartas, en esas fotografías que sacamos, en las huellas rosadas del espejo del baño, en las rocas sobre las que nos sentamos el día que me contó aquella historia, Sam seguía en mi corazón, justo como ella quería que sucediera.

Un día prometí que la amaría siempre silenciosamente, y por ello la perdí, por el miedo a vivir realmente. En ese tiempo estuve muerta: mi cuerpo seguía con vida pero mi alma estaba atrapada en una caja de cristal, incapaz de moverse, puesto que sentía que miles de ojos le observaban. Cuando descubrieron a Sam en ese sótano comencé a vivir. Rompí la caja como si de papel se tratase y escapé, prometiendo que nunca escondería lo que siento, que nunca me dejaría ir, que no dejaría ir a nadie más.

Tal vez, para la gente del pueblo y para nuestras familias, solo éramos chicas adolescentes jugando a amar, pero para nosotras lo fue todo.

Siempre pensé que el amor se sentiría como el clic que hace que una bombilla se encienda; automático, perfecto. Gracias a Sam aprendí que es violento, te hace demostrar día a día tu dedicación. Lo más importante: te deja vacía al evaporarse, escapándose por tus dedos si gastas demasiado tiempo decidiendo si debes agarrarlo o dejarlo ir.

RELATO 18-20 años



CECILIA

Sandra Merino Castro
La Cala del Moral (Málaga)
RELATO 18-20 años

Solo recuerdo estar entre las cuatro paredes de esta extraña habitación. Tengo la impresión de que paso las veinticuatro horas del día rodeado de numerosos cuadros que mi memoria se esfuerza por reconocer. Lo primero que pienso es que quien ha decorado esa habitación tiene definitivamente *horror vacui*, algo que puede llegar a resultar abrumador. La ornamentación está bien hasta cierto punto, cuando no supone una obligación ocupar cada hueco de la pared para evitar ese atisbo de vacío que nos puede llegar a hacer reflexionar sobre los vanos que tiene nuestra vida, con el consiguiente efecto de la duda. ¿En qué momento consideramos que falta algo? Puedo llegar a pensar que lo más importante son las experiencias vividas, y que empiezas a perder cuando sientes que se te escapan como arena entre los dedos. “Aprieta los puños, no dejes que se te escape ni un grano”, recordé que me decía alguien, aunque no recuerdo quién. Yo sentía como si no dejara de recoger arena y tirarla sin parar. Sabía que era lo mismo, el miedo a una pared vacía, el miedo al vacío mental. Trabajo diariamente para que no me ocurra. Puede que ese sea el motivo por el que estoy aquí. Debo observar los cuadros. El primero en el que se fijan mis ojos es en un paisaje que representa una oscura y lóbrega noche, que a la vez resulta agradable y acogedora. Se parece a un cuadro famoso que he apreciado numerosas veces a lo largo de mi vida. ¿La noche estrellada? Sí, seguro que es ese. De Van Gogh, un referente del que tomé muchas técnicas. Recuerdo haber pintado cuadros similares de lugares de mi Holanda natal que adoraba. Me consideraba ecléctico, no seguía un modelo específico. Al lado de ese, hay uno hecho con pinturas pastel de una calle bordeada por edificios bajos, simétricos y arcaicos, así como una acera de trazado irregular que se pierde en la profundidad de una luz. Me

suen a aquel lugar, tal vez había pasado alguna vez por él o había ido de pequeño. De repente veo a un niño correteando por aquella calle. No soy yo, de eso estoy seguro. En el suelo había algunas pinturas, y el niño señaló una de ellas. Es justo la que estoy observando en este momento. Me preguntó si la había pintado yo, y le dije que sí. Pareció algo sorprendido. Miró mi torso, y yo hice lo mismo. Bajo la mirada y veo un único brazo. No recuerdo haber visto a nadie con un solo brazo. ¿No se supone que las personas normales tienen dos brazos? ¿Quiere decir eso que yo no soy normal? La normalidad, un concepto tan sensible como subjetivo. Me viene a la mente un extraño recuerdo al pensar en eso. Se trata de un hombre, creo recordar que era mi tío Costico el que me dijo que aquello que creemos anómalo en nosotros es aquello que nos hace únicos. Supongo que se refería a la ausencia de mi extremidad. No querría que me acomplejara por ella. Aunque creo recordar que nunca me importó demasiado. "Nada te puede impedir conseguir lo que quieras", esas fueron sus palabras textuales, las cuales tengo grabadas a fuego. Le dije al niño que lo había pintado con mi otra mano, la izquierda. La gente solo usa una de sus manos para realizar actividades del tipo escribir o dibujar. A la hora de pintar no tenía ninguna limitación, por eso y por mi incondicional amor a la pintura decidí embarcarme en el arduo mundo de los artistas. También para ganarme la vida, siempre he estado muy solo. Mi tío Costico no era mi tío de verdad, aunque yo le llamaba así. Me encontró abandonado, seguramente por mi condición de tullido, en un suburbio a las afueras de La Haya, donde él trabajaba. Me había olvidado de la razón por la que lo hizo, pero creo que se debía principalmente a la lástima. Observo mi único brazo con atención y sonrío. Cinco dedos, los mismos que había representados en la Creación de Adán, un cuadro de uno de los primeros artistas extranjeros que tomé como modelo. A lo largo de mi vida, le había encontrado un significado personal. La incipiente unión del bien con el mal, de la razón con la ignorancia, de la cordura con la locura. Como si todo estuviera paralizado en un punto que le otorga el perfecto equilibrio para la existencia. Ese equilibrio que yo necesito para no volverme loco. Mis ojos se detienen en un cuadro que no sé atribuir a ningún pintor famoso, no sé si por desconocimiento o por inexistencia. Se trata de un bodegón, una

cesta rebosante de distintas frutas, con colores diversos y cálidos. Su luminosidad me transmite mucho encanto. Al mirar el cuadro reparo en que tengo hambre. Hay una puerta a mi espalda, pero está cerrada. Mi intuición me dice que no debo abrirla, que todavía debo seguir mirando cuadros. Nunca fui alguien caprichoso, o al menos eso creo. Me bastaba con tener algo que llevarme a la boca cada día. Costico trabajaba en las minas y ganaba un sueldo precario con el que compraba lo básico para que los dos pudiéramos vivir modestamente. Creo recordar que me pasaba los días solo, deambulando por las calles del centro haciendo los recados que me encargaba, que normalmente se trataba de comprar fruta. Me entregaba diez florines neerlandeses, y lo que me sobraba dejaba que me lo quedara. Yo lo ahorré hasta que un día pude comprarme una paleta de acuarelas. Esas fueron mis primeras pinturas, las cuales utilicé principalmente para pintar en los muros que había en el patio de mi casa. Costico venía al final del día y me felicitaba por aquellos dibujos. Decía que tenía talento. Yo no sabía hasta qué punto creerle, creo que en ocasiones exageraba. Me propuso que fuera a pintar a muros abandonados que hubiera en la calle, que tal vez alguien se fijaría en mí. “Saca ese talento a pasear”, me decía. El siguiente cuadro que llama mi atención es uno más abstracto que está justo al lado. Inmediatamente me acuerdo de El Bosco y esos cuadros que reproducen a la perfección su filosofía moralizante. El que tengo delante de mis ojos es difícil de describir. No recuerdo haberlo visto nunca. Varias personas borrosas encima de un fondo dorado con extraños trazos de colores fríos alrededor. Da qué pensar. Sus gestos corporales les dan un aire presuntuoso. Lo primero que pienso es que esas personas solo piensan en sí mismas y actúan según su propio interés. “El ser humano es tan egoísta”, pienso. Es egoísta por naturaleza. La mayoría de las personas tienden primero a satisfacer sus necesidades y deseos, y muy pocas se paran a pensar en las demás. En la vida la gente va a aprovechar al máximo todo lo que pueda, avasallando y humillando al que está al lado si es necesario. No les importan los sentimientos ajenos, que algo te pueda molestar. De repente me acuerdo de todas las miradas de la gente que me veía por primera vez. En lo primero que se fijaba la gente era en que me faltaba un brazo. Esas miradas descaradas cuando iba caminando

por la calle de personas que pensaban qué podría haberme pasado. Simplemente había nacido así. No recuerdo que sea algo malo. Me acuerdo de mí mismo pintando en las paredes de una casa abandonada en pleno centro, y una señora que pasaba por allí diciéndome que no destrozara las infraestructuras públicas. Yo pensé que no las estaba destrozando, como ella decía, sino que lo estaba remodelando. El arte urbano le da vida a las ciudades, es una forma de ocultar la obsolescencia de algunos edificios. Me fijo en otra pintura que hay colgada cerca. Es un atardecer en una playa, y en una esquina está fechado y nombrado el lugar: *The Pier, 1966*. Sí, recuerdo esa playa. El humilde embarcadero sobre la orilla y el resto del espacio completamente vacío, con el mar escondiendo el sol poco a poco. Me trae buenos recuerdos. Me veo a mí mismo de niño tirando piedras al mar. Luego veo a una extraña mujer caminando por la orilla. Estaba de espaldas, era alta, delgada y con el cabello largo y rubio. ¿Es real ese recuerdo? No encuentro ningún contexto para él. Decido continuar mirando cuadros para ver si encuentro una respuesta. El siguiente que llama mi atención es un dibujo de la silueta de un hombre tumbado y rodeado de personas. No sé si está muerto o si solo está dormido. Pero inmediatamente mi mente recuerda *Lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp* de Rembrandt, que fue uno de sus primeros cuadros y una auténtica obra de arte. Me alegra tener tantos referentes paisanos. No tiene nada que ver con su iconografía, pero no puedo evitar recordar a mi tío Costico en su lecho de muerte, yo tenía diecisiete años recién cumplidos y toda la vida por delante. Fue inevitable que una neumooncosis derivada de su explotador trabajo se lo llevara por delante. Antes de morir me dijo que nunca dejara de pintar, y que si seguía por ese camino iba a encontrar todo lo que necesitaba en la vida para ser feliz. Yo no sabía a qué se refería. Después de eso, determiné que tenía que ponerme alguna meta. Si Costico me había dicho que siguiera por ahí era por algo. Entonces decidí que quería estudiar Bellas Artes en la universidad. Claro que, para eso necesitaba ahorrar. Mis ojos vuelven al cuadro del principio, el de la calle en la que me suena haber estado miles de veces. Al recordar a aquel niño que me preguntó por la autoría de esos cuadros, recuerdo que eran míos y que trataba de venderlos en la calle. En esa calle. También recuerdo que en-

contré trabajo en un bar de camarero. Allí trabajaba a media jornada y salía de trabajar por la noche, momento en el que me colocaba a un lado de aquella calle con todos mis cuadros expuestos en el suelo y observaba cómo los viandantes se paraban a mirarlos con curiosidad y seguían caminando. Como mucho vendía uno a la semana y no lograba sacarle más de sesenta florines. Una noche me dije a mí mismo que no merecía la pena estar tanto tiempo sobre el frío suelo hasta altas horas de la madrugada para no vender nada. Enlazo esa última noche con un nuevo cuadro. Es el retrato de una chica rubia, puede ser la misma que he recordado caminando por la playa. Ojos claros y almendrados, tez clara, melena rubia y brillante y sonrisa tímida. Su rostro tenía una peculiaridad. En su ojo izquierdo, su iris poseía una deformación. No sabía si eso resultaba pernicioso, pero a mí me llamaba mucho la atención. Me hace sentir que tengo algo en común con ella, como si la falta de mi brazo y el coloboma de su ojo nos unieran por tratarse de cualidades congénitas tan atípicas. Lo que tengo claro es que la he visto antes. Y la primera vez fue aquella noche. Estaba sentado, con la espalda apoyada en la pared, y vi a una chica de unos veinte años acercarse hacia donde estaba yo. Hizo lo mismo que todos. Se quedó mirando los cuadros en silencio mientras yo la miraba a ella, pensando que nunca había visto a una mujer tan guapa y tan elegante. Ella me dijo que los cuadros eran muy bonitos, y me preguntó que por qué los vendía. Le dije que estaba ahorrando para ir a la universidad y creo que la impresioné. “¿Cómo te inspiras para pintar todo esto?”, me preguntó. “Yo pinto aquello que me gustaría recordar. Es sencillo. Si veo algo que me gusta, lo pinto”. Ella sonrió, sus ojos almendrados se iluminaron. Le dije que me recordaba a *La joven de la perla*, de Johannes Vermeer. Ella me dijo que no tenía ni idea de arte, y yo atisbé un deje británico en su acento cuando lo hizo. Le pregunté por sus orígenes, me dijo que era de madre escocesa y padre holandés. Yo le conté que no tenía ni idea de mis raíces, pero que tampoco tenía interés en saber nada. Me fijó en que en una esquina del cuadro hay una inscripción: *Cecilia, 1971*. Sí, así se llamaba. Me lo dijo justo después. Era un nombre atrapante, muy bonito. Me contó que al día siguiente tenía un vuelo a Edimburgo, y que no sabía cuando volvería a Holanda. No quise perder la oportunidad, y le confesé sin rodeos que me

gustaría pintarla. “Entonces eso significa que te gusto”, me dijo ella. Es extraño, no recuerdo que el cuadro que estoy mirando sea el que pinté aquella noche. Empiezo a mirar otros que hay en la pared. En la gran mayoría aparece ella, y en los que no aparece, puedo verla. ¿Qué quiere decir eso? Vuelvo a mirar el cuadro de la playa. La veo caminando por allí, es de noche. Efectivamente, esa noche la pinté caminando por la playa, sus finas piernas difuminadas con el mar, y la oscuridad de la noche reflejada en el cielo. Ella era la luz que iluminaba el paisaje, y mientras la pintaba, supe que también quería que fuera la luz que iluminara mi vida. Cuando acabé, recuerdo que le regalé el cuadro firmado por mí. Le escribí que ojalá el destino nos volviera a juntar algún día, ella cogió el cuadro y lo miró con ternura. “Ojalá cumplas tus sueños”, me dijo. Acto seguido se acercó para darme un beso en la mejilla y un abrazo de despedida. Cuando la estreché entre mis brazos, percibí el dulce olor de su perfume de narcisos, lo que me hizo asociar esa flor con ella. Al separarme fue cuando me fijé por primera vez en el coloboma de su ojo, que me dejó hechizado. Le dije que había tenido suerte porque era la última noche que pensaba dedicarme a vender cuadros en la calle. Ella me suplicó que no lo dejara, que el mundo necesitaba ver mi arte. “Algún día, la vida siempre le devuelve la suerte que se merece a alguien que no la ha tenido”, me dijo ella. Era algo parecido a lo que me había dicho Costico, que algún día encontraría la felicidad. En ese instante pensé que lo dejaría todo por ella, y entendí por fin que eso era lo que mi tío había querido decirme con que "encontraría la felicidad por ese camino". Cecilia era esa felicidad. Ella había hecho que me enamorara a primera vista. ¿Qué ocurrió con ella? No concebía no volver a verla nunca más, que se fuera y solo me quedara el borroso recuerdo de aquella noche en la playa. Me doy cuenta de que eso no ha sido así, Cecilia aparece en muchos más cuadros que hay en la habitación. No solo su retrato, también aparece en jardines, en montañas, en bosques, en atardeceres... e incluso en uno aparecía con un niño pequeño. Observo otros y veo a una niña también. El mismo niño y la misma niña aparecen en varios cuadros con diferentes edades. Pese a eso, no se me ocurre quiénes pueden ser. Ni la chica, ni los niños. Tengo la impresión de que cada vez que avanzo recordando mi vida, la recuerdo cada vez peor.

—¿Qué tal, cariño? —dice una voz dulce a mi espalda.

Me giro y veo a una mujer de ojos claros y almendrados, tez clara, y melena rubia y brillante. Me suena de algo. La mujer me acaricia la cara y me mira con ternura y algo de tristeza.

—¿Qué es esto? —Señalo a mi alrededor.

—Es una sala de tu museo.

—¿Mi museo?

—Sí. Eres pintor, ¿recuerdas? El médico dijo que mirar tus propios cuadros era una buena forma de ejercitar tu memoria.

Ella me abrazó por detrás y colocó la cabeza sobre mi hombro mientras señalaba una de las pinturas. Me percaté de que olía a narcisos, un perfume que me resultaba familiar.

—Ese es tu hijo, ahora es mayor. Acaba de ser padre, y tú acabas de ser abuelo. ¿No te acuerdas? Y la que está ahí es tu hija, acaba de cumplir la mayoría de edad.

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Yo soy Cecilia, cariño. Tu mujer.

VIVIR FRENTE AL MIEDO

Samuel Baeza Álvarez
Málaga
RELATO 18-20 años

29 de diciembre de 2022
Kabul, Afganistán

Aquel día de finales de diciembre era el décimo amanecer que Guillermo¹, un periodista malagueño, había presenciado en un país asiático, en concreto en Afganistán. Había viajado allí en 2018, el peor año de su vida, ya que tuvo que ver cómo se disparaban las muertes de mujeres y niños pequeños a causa de los atentados perpetrados por grupos armados y cómo el peligro para los periodistas extranjeros aumentaba drásticamente. Era, junto con México, uno de los países donde más periodistas morían asesinados. Allí, en un hotel de la capital, perdió a uno de sus grandes amigos afganos, con el que había forjado una estrecha relación de amistad: Bashir. Los insurgentes cometieron un atroz atentado en la segunda planta en la que él se alojaba.

Desde bien pequeño, en su interior había pasiones que, podría decirse, nacieron con él: el periodismo, el fútbol y la cultura asiática eran solo algunas de ellas; por eso conocer un país de Asia era uno de sus sueños. Ahora, con treinta y seis años, sigue siendo el mismo Guillermo que en su juventud: crítico, curioso, observador e indagador a más no poder. Lo que sí ha cambiado es el país al que un día soñó con visitar: Afganistán. Ahora es el imperio talibán.

¹ Esta historia es ficticia por completo. Esta persona nunca ha existido, es solo un nombre empleado para la historia con el objetivo de representar la censura y la represión a los periodistas y a la sociedad civil en el actual Afganistán.

Acabados sus estudios de Periodismo en la Universidad de Málaga, su objetivo siempre fue trasladar al mundo lo que pocos saben, lo que no tiene cabida en los medios de comunicación, aquello que el ciudadano de a pie no conoce y que debería saber. Su pretensión era recorrer los rincones más inhóspitos del planeta, aquellos donde nadie llega o pocos se atreven a llegar por miedo. Pero Guillermo consideraba que el miedo era un sentimiento que había que eliminar rápido de nuestras mentes; de no ser así, nos impediría enfrentarnos a las vicisitudes de la vida y a los obstáculos que se nos presentan a lo largo de ella. Por eso, cuando sus amigos le preguntaban por qué sentía interés por aquellos países, siempre subrayaba la importancia de hacerle frente.

Guillermo siempre fue un gran luchador por los derechos humanos. Su vena activista siempre estuvo presente, aunque se veía en la obligación de disimularla cuando trabajaba. No se dedicaba al activismo, a la reivindicación, sino que era un profesional de la información; pero eso no suponía en absoluto ser equidistante con las flagrantes violaciones de derechos humanos que azotan al mundo cada día. Centraba su atención en aquellas naciones en las que no se respetan, como en Afganistán.

Cuando acabó su carrera universitaria, decidió luchar por alcanzar el reto de sus sueños: hacer periodismo en el corazón de la convulsa Asia, contar lo que sucede en Afganistán, porque ese país no merece ser la tumba de los afganos, sino un país libre, donde hombres y mujeres gocen de los mismos derechos y libertades, donde se recuerde el sufrimiento de los afganos que murieron en la guerra y bajo el yugo talibán. Aunque en sus adentros también se preguntaba si esa libertad que él deseaba para el pueblo afgano era un tanto utópica o era posible llegar a la meta.

Aquella mañana de invierno, el sol empezó a hacer acto de presencia alrededor de las cinco y media. Sus rayos eran débiles aún, pero se intuía que el día se presentaba frío en la ciudad de Kabul. Las calles estaban nevadas. La blanca nieve teñía los edificios de la capital, algunos más horadados que otros por los veinte años de presencia internacional y de guerra civil.

Al salir al balcón, observó las calles de un país sumido en una constante capa de silencio fruto de la represión talibán y palpó un tono

grisáceo en el ambiente pese al sol que empezaba a resplandecer. Ese tono gris tirando a negro representaba la tristeza y el dolor de una nación sumergida en una profunda crisis y en la pobreza. Un Estado en el que el gobierno talibán ha prohibido la música, el baile y las películas; solo permiten las producidas en el país. Fijó su mirada en la bandera talibán, que se imponía izada sobre un edificio, señal de que son ellos quienes gobiernan: la autoridad. Triste, se peinó su corto pelo rubio frente a un pequeño espejo con ornamentos islámicos y cogió del armario su *salwar kameez*.

Se había citado con la presidenta de una asociación en defensa de las mujeres y niños afganos en Bamiyán. Fundada en el año 2003, en plena guerra entre EE. UU. y los talibanes, se dedicaba a la lucha constante contra la tortura que sufrían las mujeres a manos de sus maridos en los hogares, promovía el derecho y el acceso a la educación y defendía los derechos de las mujeres y niños. Sin embargo, esa agrupación de mujeres liberales no era reconocida por ninguna organización internacional; era clandestina porque tenían miedo a que las descubrieran.

El traductor que Guillermo contrató en 2018 y con el que contó en 2022, Ahmed, le esperaba a las ocho a la salida del hotel para recorrer los ciento ochenta kilómetros que separan Kabul de Bamiyán. Tras desayunar un té dulce y un pequeño bollo de pan, se dispuso a bajar a la calle. Los talibanes, con rostro adusto y poco amigable, empuñaban enormes fusiles que los americanos les habían dejado como herencia tras la guerra. Controlaban el tráfico de coches, los límites fronterizos, la resolución de altercados...

Llegaron a medio día. Lo hubieran hecho antes de no haber sido por los estrictos controles en las adversas carreteras locales. Nada más bajar del coche, percibió la soledad de Bamiyán bajo el dominio talibán. Pocos ciudadanos paseaban por la calle. Tampoco acompañaban las condiciones climatológicas.

Guillermo llegó a pie a la asociación y se encontró a la salida de una vieja casa a Maryam, una joven afgana de ojos verdes, aunque apagados de sufrimiento. Un velo cubría la totalidad de su delgado cuerpo. La joven les condujo a una pequeña sala, donde varias niñas aprendían matemáticas en la clandestinidad: ellas estaban despojadas del derecho a la educación

a partir de los 12 años porque los talibanes se lo habían prohibido al alegar que las escuelas están llenas de vicio y las universidades de inmoralidad. Varias cuentas simples estaban escritas en una pizarra, en pastún, idioma nacional junto al darí. La profesora era una de las mujeres que formaba parte de ese proyecto. Las alumnas, sentadas en círculo, resolvían con un lápiz y una pequeña hoja la tarea que la mujer les había encomendado.

En calidad de periodista, tenía licencia de sobra para fotografiar todo lo que allí se hacía. Mientras él capturaba imágenes de la reducida y angosta sala, Maryam le iba trasladando cuál era la situación, al tiempo que Ahmed traducía. Guillermo notó la desesperación de la joven en su voz y en sus palabras; en realidad, eran gritos de ayuda solapados por explicaciones en las que intentaba contener el dolor para no romper a llorar y que los estudiantes la vieran. Todo ello era fruto de la desesperación; las chicas que formaban parte del proyecto tenían miedo de ser descubiertas y enjuiciadas con la aplicación de la *sharía* en su forma más radical por parte del Tribunal de Justicia Superior e implementada por el Ministerio de Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio. Y solo por ayudar a unas pobres e inocentes niñas de menos de diez años.

Todas las mañanas debían evitar ser vistas al aire libre, y llegaban a la pequeña casa a modo de escuela ilegal encubierta de forma escalonada para no levantar sospechas. De hecho, había una lista con el nombre de cada una de las estudiantes y llegaban a una hora diferente.

Guillermo solo podía ayudar de una forma: emitiendo con exactitud y crudeza la situación que Maryam le contaba. Luego tenía que publicarlo para ganarse el sueldo, pues nadie que no fuera Ahmed le arrimaba el hombro allí. Siempre se encontraba ante la dificultad moral de aceptar dinero por una información tan triste como la que él solía manejar; por eso extremaba su diligencia, sobre todo con los datos más sensibles de los que era conocedor.

Tras realizar el reportaje, la joven le ofreció un poco de comida, que Guillermo rechazó por la pobreza en la que ellas vivían. No podía moralmente aceptar algo que escaseaba y ellas necesitaban. Al despedirse, Guillermo le regaló un billete de mil afganis —unos diez euros en España—. La chica, sumamente agradecida, le recompensó con un abrazo fuerte y duradero, de esos que nunca antes le habían dado en su vida.

Cuando volvió a mirarla, sus ojos se encendieron como una vela. Para ella, esos mil afganis eran la lotería. No solucionaban la situación, pero le iban a ayudar mucho. Guillermo dejó escapar una lágrima sin querer que luego se enjugó con la manga de su túnica. Pocas veces había sentido algo así. Las demás mujeres también mostraron su gratitud, pero él se fue de allí después de una hora en aquella casa con un gran regalo que nunca olvidó: ese abrazo de Maryam.

Antes de partir hacia Kabul, Guillermo contempló la desgraciada destrucción de los Budas de Bamiyán, que en marzo de 2001 los talibanes volaron por ser contrarios al Corán. Cerca de allí, varios niños jugaban al fútbol con una botella de plástico, y eso también lo fotografió, pese a la recomendación que Ahmed le había hecho: “Nunca hagas fotografías al aire libre en Bamiyán”. Los dos volvieron al coche, pero, en aquel momento, Guillermo no imaginó lo que sucedería después.

Su reloj marcaba casi la una de aquel 29 de diciembre. En Bamiyán no hacía tanto frío como en Kabul, pero el abrigo era necesario. La autopista estaba poco transitada en esos instantes, tan solo pasaba algún antiguo coche hacia la ciudad. El paisaje tampoco era bonito en especial; solo campo y montañas a lo lejos. Es lo que tiene ir a un país rodeado de montañas, sin salida al mar y donde el relieve es escarpado.

Guillermo iba pensando en el gesto solidario que había tenido con Maryam, en aquel abrazo, en aquellos ojos, en su lágrima. Lo iba comentando con Ahmed. El traductor, que siempre fue muy crítico con EE. UU. y los países de la coalición internacional que intervinieron en Afganistán después del 11-S, admiraba su actuación, a pesar de que a él los extranjeros no le caían bien. Desde su perspectiva, los países internacionales no venían a ayudar, solo a explotar recursos, a llevarse su petróleo, su gas y sus minerales. Pero a los periodistas sí que los admiraba, se quitaba el sombrero. Porque los que iban a cubrir noticias a Afganistán sabían que se enfrentaban a una zona en conflicto, y de las más peligrosas.

Ese intercambio de palabras entre los dos se mantuvo durante dos horas y diez minutos, cuando tan solo les faltaba una más para entrar en Kabul. Pero algo sucedió, un trágico hecho. Ahmed conducía, con algo de música árabe. Guillermo revisaba el vídeo que había grabado en su

cámara, la que su hermano le regaló cuando se casó con su mujer Silvia. De pronto, el traductor le hizo un gesto con la mano para avisarle de que iban a pasar por otro control en la carretera hacia Kabul. Tres talibanes armados esperaban a que el coche parase para inspeccionarlo. Entonces el periodista guardó la cámara en su funda y la dejó en el suelo de la parte trasera del vehículo. Cuando el automóvil se detuvo, un talibán comenzó a dar vueltas y obligó a Ahmed a abrir la puerta de los asientos traseros. Él le lanzó una mirada seria a Guillermo, y este se la devolvió.

Las pulsaciones de Guillermo estaban disparadas; su corazón latía más rápido de lo normal. La frecuencia cardiaca, altísima. Y eso solo ocurre cuando siente que verdaderamente está en peligro y cuando presagia que se debate entre la vida o la muerte. Hasta que ocurrió lo que esperaba.

El talibán vio la cámara y avisó a otro para que se acercase. Obligó a Guillermo a encenderla y, al instante, comenzó a reproducirse el vídeo que había tomado. Aquella grabación que serviría para demostrar el sufrimiento de las mujeres en Afganistán sería eliminada y nunca podría conocerse en el resto del mundo.

Una gota de sudor comenzó a caerle a Guillermo desde la frente, bajando por la nariz y llegando hasta el cuello de su camiseta. El hombre, barbudo, sacó una pistola semiautomática y, sin pensarlo dos veces, acabó con la vida de Ahmed en su asiento. Guillermo intentó salir del coche tan rápido como pudo; sin embargo, una bala alcanzó su costado. Cuando logró ponerse en pie, la otra dio en un lugar peor: su frente. Se desplomó de inmediato en el suelo, en mitad de la carretera. Muerto.

Guillermo no fue un caso aislado. Según Reporteros Sin Fronteras (RSF), solo en 2022 hubo un total de 57 periodistas asesinados, 65 secuestrados, 49 desaparecidos y 533 encarcelados. Decenas de corresponsales pierden la vida o son ejecutados cada año en países en conflicto o en naciones con regímenes dictatoriales. Dejan su vida y la piel informando al otro lado del mundo, donde nadie quiere ir; aquellos países que todos conocemos y calificamos como peligrosos. Burkina Faso, Afganistán, México, Ucrania, Brasil, India y una larga lista de naciones lideran el *ranking*.

El actual gobierno talibán no respeta el derecho a la información ni la libertad de expresión. Es casi imposible publicar cualquier información crítica con el gobierno porque, en tal caso, sería censurada. Las mujeres están privadas de ejercer actividades periodísticas en medios audiovisuales e incluso sus voces están proscritas en el caso de la radio, en marcado contraste con el sistema republicano en el que se podía informar con libertad.

En ocasiones, los periodistas de guerra sufren presiones para informar y la mayoría no recibe una retribución acorde con el trabajo que desempeñan y que nadie se atreve a hacer. Los que arriesgan su vida por contar la verdad y la realidad de aquellas zonas en conflicto son los más expuestos a la muerte, pero también son los que se llevan grandes lecciones de vida. Guillermo es un ejemplo.

SABER DE VIUDA

Pablo Villén Alba
Málaga
RELATO 18-20 años

Para mi bisabuela María

Desde el mar se veía la costa, como hormigas, se observaba a miles de personas caminando desde Málaga hasta Almería. Todos ellos huían de la ciudad porque no tardaría en caer.

Eran mujeres y hombres, ancianos y jóvenes, que andaban a paso ligero intentando cargar con sus pocas pertenencias. Algunas mujeres estaban embarazadas, como era el caso de María. Ella había salido de la ciudad acompañada de su marido Joaquín, pero lo había perdido de vista entre la marabunta. La angustia la carcomía mientras gritaba su nombre, esperando que la escuchase. Estaba cansada, tenía los tobillos hinchados y, con ocho meses de embarazo, su paso era lento, estaba empezando a anochecer y no sabía si encontraría algún lugar seguro antes de que la noche se le echase encima.

Mientras pensaba en una solución a sus problemas, se dio cuenta de que ya estaba por Pedregalejo. Entre los humildes refugiados, que huían separados, se empezaron a erguir señoriales mansiones, que con las cortinas cerradas indicaban la indiferencia de sus residentes ante lo que estaba pasando.

María tenía la boca seca, llevaba horas sin beber y, aunque era febrero, sudaba por el esfuerzo de la caminata. Preguntó a los que la rodeaban si alguno tenía un botijo para dar un buche, pero todos negaron y pusieron de nuevo la vista en el camino. Ante esto se le ocurrió preguntar en alguna de las casas, sabía que muy posiblemente la ignorarían, pero no le quedaban muchas opciones.

Se fijó en una casa blanca, de techos verdes y paredes azulejadas, que se erigía en la falda de la montaña. La vegetación parecía comérsela y desde la calle se veía luz en su interior. Se fue a la puerta de servicio y pegó un fuerte golpe, esperando que se oyese entre el clamor de los pasos. Al instante le abrió una mujer, parecía ser un miembro del servicio, que vestida entera de negro y con el pelo recogido la miraba con inquietud.

—Disculpe, ¿me podría dar un vaso de agua, por favor?

La mujer la examinó de arriba a abajo, fijándose un momento en su enorme tripa.

—Claro, mujer. Entra. En tu estado no deberías seguir. Quédate, que te preparo algo y te busco una manta.

María se sentó en la cocina y por un momento fantaseó con tener una casa como esa, tan grande y lujosa.

—Mujer, ¿qué hacías tú sola preñada andando a estas horas? —le preguntó la mujer a María visiblemente preocupada.

—Los fascistas están a punto de tomar la ciudad y los militares han huido sin ni siquiera coger un fusil en mano. Mi marido, cuando vio la situación, dijo que no nos podíamos quedar, dijo que esto se iba a convertir en un baño de sangre. Me queda menos de un mes para salir de cuentas y unos parientes suyos tienen un cortijo en las montañas, nos dirigíamos allí cuando lo perdí de vista.

—Qué desgracia, muchacha, parece que vamos a entrar en el mismísimo infierno. Lo mejor va a ser que te quedes esta noche, parece que se van a poner las cosas muy feas. Dicen en la radio que hay barcos acercándose y que están armados hasta los dientes. No creo que a la señora le importe que te quedes.

—No hace falta, de verdad, no quiero causarle molestias. Me beberé el agua y reanudaré la marcha.

—¡Ni se te ocurra, niña, tú te quedas hoy aquí! —dijo casi gritando.

—¿Qué sucede ahí abajo, Concha? —se escuchó preguntar desde el piso de arriba.

—Nada, señora, no se preocupe.

—Claro que me preocupo. Cuando tú gritas, algo pasa. Voy para allá.

Sin dilación, una anciana bajó las escaleras. María la miró sorprendida, era una mujer muy mayor, pero lucía muy elegantemente a la moda un vestido negro acompañado de un collar de perlas. Tenía el semblante firme y por sus rasgos se notaba que su familia no provenía de España.

—¿Quién es esta mujer, Concha?

—Es una chiquilla embarazada que huye de la ciudad. No encuentra a su marido y le he dicho que se quede. ¿No le importa, señora?

—¿Cómo me iba a importar?, ¿y qué haces dejándola en la cocina con el frío que hace aquí? Ayúdala a subir al salón y después prepárale un té.

Concha llevó a María hacia arriba y esta se quedó impresionada del lujo que la rodeaba. Había estado antes en buenas casas, pero eso era otro nivel. La estancia estaba llena de tapices, estatuas y delicados muebles que daban la sensación de no pertenecer a este mundo.

—Siéntate en ese sillón, al lado de la chimenea, que hace mucho frío y en tu estado no deberías resfriarte —le dijo la señora a María mientras se acomodaba enfrente suya—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo María, señora. Muchas gracias por acogerme y disculpe por las molestias.

—No hace falta que te disculpes. En los tiempos que corren, ayudar al prójimo tiene que ser una obligación. ¡Ojalá esto acabe pronto! ¡Ojalá!

Durante la hora siguiente, el silencio dominó la habitación. Mientras la luna iba subiendo al firmamento, María se fijó en la estancia y la analizó, había tanto en lo que fijarse. Pensar en el origen de los objetos la calmaba, le ayudaba a no pensar en lo que estaba pasando fuera. Tras un largo rato se quedó mirando un retrato, era de un joven militar, de cabello rubio y ojos azules. María nunca había conocido a una persona con esos rasgos, algún viajero despistado, pero siempre desde lejos.

—Disculpe, ¿quién es el muchacho del retrato? —le preguntó María a la señora.

—Es mi padre, cuando era joven estuvo en el ejército prusiano.

—¿Eso dónde está?

—Dejó de existir, ahora es parte de Alemania. Mi familia proviene de allí, se tuvieron que exiliar por motivos políticos y vinieron a Málaga.

—Entonces, ¿usted es alemana?

—No, no, por favor —dijo entre risas—. Nací en España y soy tan española como tú. De hecho, nunca he estado en Alemania, nunca he tenido la necesidad de ir.

—Su padre era muy guapo.

—No tanto, en el retrato sale mejor de cómo era. La que de verdad era bella era mi madre. Era una mujer muy elegante y culta. Me enseñó casi todo lo que sé sobre el mundo. Puede parecer una tontería, pero en momentos como los que estamos viviendo sigo esperando que me hable y me tranquilice, que me diga que todo va a estar bien.

—Es algo imposible de evitar. Últimamente me pregunto si cuando nazca el bebé yo seré capaz de tranquilizarlo, de ayudarlo a salir p' alante. Me da miedo.

—Yo también me sentía así cuando estaba embarazada. Claro, que no estaba en tu situación. Mirando en retrospectiva, me preocupaba demasiado por tonterías. Cuando tenía 18 años, mis padres me iban a organizar un magnífico baile para presentarme en sociedad. Iban a venir diplomáticos de Madrid, duques, marqueses y toda aquella persona que era alguien en ese momento. Entonces estalló la revolución, echaron a los borbones y España entró en la anarquía. Mi padre, lógicamente, canceló el baile, pero yo me cabreé muchísimo con él. Estuve una semana sin hablarle.

—¿Tan mayor es usted? No aparenta tener ochenta y siete años.

—Gracias —rio—. El tiempo me ha tratado mejor que el destino, por lo que parece.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque mi vida ha sido muy turbulenta. Me han ocurrido muchas cosas, algunas buenas pero también muchas desgracias. Yo nunca he tenido suerte en el amor, como si alguien me hubiese maldecido.

—¿Es mal de ojo o decisiones equivocadas?

—Ambas cosas, diría yo. Mi primera gran desgracia en el amor fue un error mío, ese error se llamaba Lorenzo. Cuando el rey Amadeo I llegó a Madrid, mi padre fue a visitarlo y me llevó con él. Su intención era acercarse al nuevo régimen para aprovecharse económicamente, por lo

que asistíamos a todos los bailes de Palacio. En uno de esos bailes conocí a Lorenzo. Era un italiano miembro del séquito del rey, él me cortejó y yo me dejé cortejar. Pasamos mucho tiempo juntos, él me prometió que nos casaríamos, yo le di todo, incluso mi inocencia. Tras varios meses volvimos a Málaga, seguimos escribiéndonos, él me decía que en breve anunciaría nuestra intención de casarnos. El problema es que el rey abdicó y él se fue con él, anulando el compromiso. Tras un tiempo me di cuenta de que a él no le interesaba yo, le interesaba el dinero y la posición de mi padre para abrirse paso en España, por lo que en Italia yo no era de ningún interés.

—El señorito era un hijo de perra, por lo que parece.

—Ese problema no fue el último. Con la vuelta de los Borbones, mi familia quedó en una situación social precaria, nos habíamos vuelto unos marginados por la cercanía de mi padre al Italiano y después a la república. Ante esto, mi madre buscó casarme con un político muy amigo de Cánovas, que se había convertido en el cacique de toda la Axarquía. A cambio de devolver la posición social a la familia, mis padres le darían una cuantiosa dote y lo harían su único heredero. Yo intenté oponerme, pero al final acabé aceptando porque era lo que se esperaba y...

El discurso de la señora se vio interrumpido por gritos desde la calle, se empezó a escuchar el sonido de los cañones y el silencio se apoderó de la casa. María se quedó petrificada y pálida de pensar solo en Joaquín, que seguía en la calle mientras que la costa era bombardeada. Tras un minuto, la señora reaccionó y siguió la conversación como si nada pasase, con la intención de aliviar el terror de María.

—Yo me casé un año después de que el rey Alfonso entrará en Madrid. Tras nuestra boda, mis padres me regalaron una hacienda en las montañas. Allí pasamos nuestros primeros meses como pareja, viviendo casi aislados uno del otro y con el mínimo contacto, requerido por deber. Él no me quería y yo tampoco a él. Por lo que cuando le eligieron diputado, acordamos que lo mejor sería que me quedase en Málaga. Al poco de que se fuera me enteré de que estaba embarazada. Pasé todo el embarazo en la hacienda, apartada de la ciudad. Durante todo ese tiempo me aficioné a leer, nunca me había gustado estudiar y aprender, pero

me di cuenta de lo liberador que era. Cuando nació mi hijo, él ni siquiera vino a vernos.

—Debió de sentirse muy sola —indicó María, que parecía recuperarse un poco del *shock*.

—Eso creía yo. No obstante, con el tiempo me di cuenta de que fue el momento de mi vida donde menos sola me he sentido. Mientras estaba embarazada, yo sola me acompañaba y cada vez que había visitas, contaba cada segundo para poder volver a estar conmigo misma. Y después, cuando nació mi pequeñín, Alberto, no tenía tiempo de pensar en otra cosa que no fuese mantenerlo sano y salvo. Mis padres intentaron contratar a una niñera inglesa para que lo cuidase, pero yo me negué, quería criarlo yo, sabía que era mi responsabilidad.

—¿Y qué opinaba su marido?

—A él no le dio tiempo a opinar nada. Al poco tiempo de nacer Alberto, le atropelló un tranvía —dijo con una voz seria, casi inexpresiva—. A María, su reacción le causó cierto pavor debido a su frialdad.

—Debió de ser duro quedarse viuda tan joven.

—La verdad es que fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Tras su muerte tomé las riendas de todo. La mayoría esperaba que volviese a casa de mis padres y me envolviese en el luto, pero yo me di cuenta que debía aprovecharme de la situación. Cuando me quedé viuda me convertí en mi propia tutora, ya no tenía que dar explicaciones a nadie. Mi marido me había dejado mucho dinero y todo su poder político, así que yo asumí su posición.

—Pero usted no podía hacer política, usted era una mujer.

—No podía hacerla pero podía hacer que se hiciese por mí. Me aproveché de la buena relación de mi marido con el Presidente Cánovas para conseguir que mi padre fuese nombrado diputado. Mi padre tuvo que dejar sus negocios en Madrid, quiso poner a un gestor para que se encargara pero yo me negué, quería encargarme yo. ¿Has visto alguna vez a una mujer dirigiendo un negocio?

—La verdad es que muchas veces. En la mayoría es el marido quien es el dueño, pero quien se encarga de tirar p' delante es la mujer. Muchos en mi barrio no entienden por qué las mujeres podemos votar; yo

les contesto que ya que nos encargamos de todo nosotras, que al menos los hombres se enteren.

—Y tienes toda la razón. Al principio con el negocio fui un desastre, no entendía nada de nada, pero con el tiempo me fui aclarando y hasta fui mejor que mi padre. Trabajaba codo con codo con el marqués de Larios, los Loring o los Heredia. La gente me respetaba, ser una viuda me daba el poder que siendo esposa no hubiese ostentado, y eso me encantaba.

—¿Y qué hizo con tanto poder? De poco sirve tenerlo si no se utiliza.

—Me convertí en senadora de facto, mi padre hacía lo que le pedía en el parlamento. Conseguí que el estado financiara los proyectos, que aprobaran leyes que me convenían y que castigaran a los competidores. Con el paso de los años construí un palacio en la Alameda, tan grande casi como el de los Marqueses de Larios. Organizaba magníficas fiestas allí, bailes y mascaradas que duraban hasta la madrugada.

—¿Sabe que el palacio de los Larios ardió hace dos días? Se consumió hasta las cenizas, no sé qué le habrá ocurrido a su palacio.

—Ya le dije a Aureliano que con tanta opulencia y tan mala imagen eso le acabaría ocurriendo, lo que pasó entre sus muros ya es pretérito. Y no te preocupes por mi palacio, hice que lo derribaran hace mucho, pedí que no dejaran ni los cimientos.

—¿Por qué hizo tal cosa?

—Para eliminar cualquier elemento que me recordara a mi pequeño Alberto. Siempre estuvimos muy unidos y cuando mis padres acabaron falleciendo, aún más. Éramos uña y carne. Él era un muchacho muy inteligente pero muy imprudente. Desde que era chico soñaba con vivir aventuras, adoraba leer sobre la conquista de África. Cuando cumplió la mayoría de edad me dijo que quería ingresar en el ejército. Yo esperaba que se fuera a estudiar a Madrid, pero no me opuse a sus inquietudes. Me encargué de que lo favorecieran y lo ascendieran. También vigilaba que lo mandasen a zonas seguras, siempre haciendo trabajo administrativo. Él lo sabía y le cabreaba mucho que hiciera eso. Cuando comenzó la guerra en Marruecos él se ofreció a ir, era un oficial y de buena familia, no tendría

que haber pisado ese infierno. Yo le supliqué que no se fuese, pero él se negó. A los pocos días de llegar pereció en el Barranco del Lobo.

—Lo siento mucho, no quisiera pensar lo que sufrí.

—Más bien lo que sufro desde ese día, cada segundo que pienso en su muerte me carcome. Cuando Alberto se fue, me quedé sola, ya no quedaba nadie más en este mundo. Tras su muerte lo dejé todo, la casa, los negocios, las fiestas, todo. Me encerré entre estas cuatro paredes durante cuatro años. Cuando salí, me di cuenta de que me había convertido en una anciana, sentí que me quedaba poco tiempo en este mundo. No obstante, comprendí que estaba malgastando mi vida y aprendí a convivir con el dolor, luciendo siempre de negro para recordarme lo que perdí.

—Todas las mujeres estamos condenadas a vestir de negro y a lucir el dolor en la cara para que así sepan que somos buenas esposas y madres. Es triste que el comportamiento con un muerto signifique más que todos los actos realizados en vida.

—Yo también me di cuenta de eso en aquel entonces, y como respuesta decidí vivir. Abandoné España y me dirigí a Europa, a ver mundo. Pasé los siguientes diez años de mi vida viajando, cruzando países en guerra, viendo nacer a naciones *in situ*, fue algo asombroso. Tras visitar Europa, me dirigí a Asia, África y América, allí me sentí en cierta calma, sin preguntas acerca de dónde vine o a dónde voy. Simplemente era una anciana viuda con demasiado dinero en los bolsillos. Pude disfrutar de este planeta justo antes de que todo se torciera, antes de que el odio tomara las calles, que las bombas llegaran a las casas y que el mal se sentara en el trono del poder. Cuando volví a Málaga me di cuenta de que todo había cambiado, que la ciudad donde había crecido había muerto y estaba naciendo otra, yo ya no pintaba nada en esa nueva sociedad obrera y laica. Así que volví a encerrarme, ya no como presa sino como una espectadora que ve el mundo desde el palco de honor del Cervantes.

—¿Y volvió a haber amor tras la muerte de su hijo?

—Sí, diferente en cierta manera. Antes de la muerte de Alberto conocí a varios de los que creía que podría enamorarme. Ya cuando viajé me dejé llevar por mis pasiones, algunas más temporales, otras más percederas. Una escritora en París, un sirviente en Estambul o

un diplomático en el Japón. Las disfruté cuando pasaron, pero ahora prefiero disfrutarme a mí misma. ¿Y qué hay de ti? ¿Estás enamorada?

—Eso pienso, quiero a mi marido, Joaquín es divertido y gracioso, no hay hombre más vivo en toda la tierra.

—¿Pero tiene lo que tú buscas en un hombre?

—A veces temo que no cumpla con sus obligaciones, que no ayude a sacar a la familia adelante y mantener la casa. También bebe mucho y entonces se pone violento, sé que es el alcohol, pero da miedo.

—Tu destino está en tus manos, ahora más que nunca. Lo que viene va a ser muy difícil y necesitas a alguien bueno a tu lado —tras eso, la señora se giró y miró por la ventana, viendo que el alba ya empezaba a iluminar la estancia.

—Juraría que solo habían pasado un par de horas desde el anochecer. ¿Cómo es posible?

—No lo sé —dijo la señora mirando a María con una sonrisa cálida y en opinión de María, la más sincera que había visto.

—¡Señora, María, bajen por favor! —gritó Concha desde la cocina. María y la señora bajaron las escaleras agarradas de los brazos, como dos viejas conocidas. Cuando María vio la cocina reconoció que al lado de Cocha estaba Joaquín.

—¡Por Dios, Joaquín! —dijo gritando de alegría María, mientras se acercaba a abrazarla.

—Lo encontré en la calle gritando tu nombre, estaba casi afónico —aclaró Concha.

—Creía que estabas muerta. A los que siguieron por carretera los mataron, a niños y mujeres. El camino está lleno de cadáveres, te buscaba entre ellos. Doy gracias a Dios porque estés a salvo. Muchas gracias también a usted, señora, por haber cuidado de mi María.

—No hace falta que me dé las gracias. Tengo varias habitaciones libres arriba, les pediría que se quedasen unos días, la situación es muy delicada y María está apunto de dar a luz —dijo la señora con pose regia.

—No queremos causarle más molestias, ya ha hecho mucho por nosotros —dijo Joaquín.

—Pero Joaquín, tal vez deberíamos replanteárnoslo, no creo que pueda llegar hasta las montañas...

—¿Qué te he dicho, María? —exclamó Joaquín—. No vamos a incordiar más. Ya tenemos el cortijo —María callaba y agachaba la cabeza.

—Entonces nos despedimos, María, no olvidaré nuestra charla —dijo la Señora abrazando a María.

—Tenga mucho cuidado, eviten la costa —dijo Concha mientras Joaquín tiraba de María para salir de la casa.

Al irse, María echó la mirada atrás fijándose en la figura de la señora, pequeña pero señorial, oscura pero cálida, y por un momento se vio reflejada en ella. Ya mayor, con el pelo canoso y recogido con un moño, vestida de negro, ya viuda. Cuando salió de esa casa María había elegido su destino, permanecería con Joaquín, aunque a veces le doliese, pero sabía que en algún momento se convertiría en la señora. Sería igual que ella, no en su riqueza ni en su poder ni posición, sino en su saber.



© Lallave Foto

Ana Müshell

Jerez de la Frontera, 1989. Es ilustradora *freelance*, con base en Granada y Barcelona. Ha publicado sus ilustraciones en revistas como Vogue España, Cinemanía, Eme21 Mag, El cultural y Little White Lies. Ha colaborado con marcas como Amazon, Netflix, Zara... Además de tener su obra expuesta y a la venta en diversas galerías a nivel nacional (España). Ha publicado varios libros ilustrados: la biografía ilustrada *Patti Smith. She has the power* (Lunweg, 2020), *La mala leche* (primer libro de la guionista y cómica Henar Álvarez, Editorial Planeta, 2021), y *Maldita Alejandra. Una metamorfosis con Alejandra Pizarnik* (Editorial Lumen, 2022), entre otros. Sus ilustraciones transitan una continua evolución. Actualmente trabaja el dibujo digital con grandes manchas de color que describen y narran temas recurrentes en su obra: la melancolía, la soledad, los espacios interiores y los retratos de personajes en torno a la literatura, el cine o la música.

*Esta edición no venal se ha impreso
en Andalucía en el verano
de 2024.*

